EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA GALA DEL EBRO

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DIVIDIDA EN DOS ÉPOCAS

LETRA DE

D. LUIS MARIANO DE LARRA

MÚSICA DEL

MAESTRO CERECEDA.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1886.

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE AGOSTO DE 1886.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
¡Central?	1	D. Adolfo Llanos	Todo.
El cazador de Aguilas	3	Rossendo Arus	»
El doctor Lorenzo	3	Rossendo Arus	»
El nuevo Tenor	3	Bartrina y Arus	»
La doctoresse	3	Ferrier y Boccage	»
La huella del crímen	3	Rossendo Arus	»
Las aves de rapiña	3	Sres. Arus y Vidal	»
Los caballeros del hierro	3	Juan Artañ	»

ZARZUELAS.

Chin-Chin	1	Sres. Perrin, Palacios y Nieto	L. y M.
De Lavapiés á Galicía	1	Arango y Viaña	L. y M.
El grito del pueblo	1	Granés y Cereceda	L. y M.
El oro de la reacción	1	Fernandez. Caballero	M.
La Lolilla ha parecido	1	E. Sanchez Seña	L.
Toros embolados	1	M. Nieto	M.
Tula	1	Rafael Taboada	M.

LA GALA DEL EBRO.

OBRAS DRAMÁTICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso. (2.ª edicion).
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª ed.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion)
La paloma y los balcones
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (8.ª edicion.)
Los lazos de la familia. (5.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª ed.)
La agonía. (5.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª ed.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.
El hombre libre.
La primera piedra. (2.ª ed.)
Estudio del natural. (2.ª.)
La cosecha. (2.ª edicion.
En brazos de la muerte (2.ª edicion.)
¡Bienaventurados los que lloran! 5.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia. (2.ª edicion.)
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro. (2.ª edicion.)
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!
Las ranas pidiendo rey.
Un buen hombre.
La viuda de López.

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.ª ed.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga. (5).
Sueños de oro. (M de Barbieri.) (5.ª edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (10.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
La gala del Ebro. (M. de Cereceda.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).
El Corpus de sangre. (M. de Caballero.)
La niña bonita. (M. de Caballero.)
Los hijos de Madrid. (M. de Cereceda.)
Boccaccio. M. de Franz de Suppé.) (3.ª edicion.)
La Africanita. (M. de Cereceda.)
El Guerrillero. (M. de Arrieta, Caballero y otros.)
¡Muchacho! (M. de Suppé.
El año de la Nanita. (M. de Rubio.)
El Estudiantillo. (M. de Millöker,)

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete. (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

LA GALA DEL EBRO

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DIVIDIDA EN DOS ÉPOCAS

LETRA DE

D. LUIS MARIANO DE LARRA

MÚSICA DEL

MAESTRO CERECEDA.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.

Atocha, 100, *principal.*

1886.

PERSONAJES DEL 1.er ACTO.	ACTORES.
LA MARQUESA DEL VALLE-UMBRÍO....................	SRTA. LLANOS.
LUCÍA.....................	SRTA. SANZ.
EL CONDE DEL SOTO.........	SR. HIDALGO.
JUAN QUINTANA.............	SR. RIPOLL.
SALPICÓN..................	SR. TORMO.
UN OFICIAL	»
UN SARGENTO...............	»
UN SOLDADO................	»
UN PREGONERO..............	»

Soldados aragoneses de ambos sexos.

La escena en el primer acto y primera época, en los alrededores de Jaca, cerca de la frontera francesa, 1809.

Esta obra está escrita sobre el pensamiento de un melodrama francés.

ACTO PRIMERO.

Montañas practicables á lo lejos en el foro, que se pierden de altura. Á la derecha del actor, un pabellón con puerta y ventana, al que se sube por tres ó cuatro escalones. Este pabellón pertenece á un jardín que se vé entre bastidores. Por la escena algunos árboles y al pie de uno de ellos, una piedra grande. Las montañas, el pabellón y los árboles cubiertos de nieve.

ESCENA PRIMERA.

EL SARGENTO, CORO DE HOMBRES y á poco SALPICÓN.

MÚSICA.

La escena sola, antes de anochecer. Se oyen Coros lejanos que se van aproximando poco á poco.

CORO. (Dentro.) En su lugar descanso,
alto la compañía,
que antes del nuevo dia
tendremos que marchar.
Y es justo mientras tanto,
alegres y contentos,
gozar de estos momentos
de calma y bien estar.

UNOS. ¡Á correr! ¡Á vagar!
OTROS. ¡Á beber! ¡Á jugar!
(Redoble de tambor y griterío.)

ESCENA II.

SALPICÓN, saliendo á la escena de puntillas por detrás del pabellón y con mucho cuidado.

SALP. Mientras esos imbéciles,
corren sin tón ni són,
yo voy á ver si aclaro
con calma y precaución,
lo que hay de lindo,
lo que hay de raro,
trás de la puerta
del pabellón.
VOCES. (Dentro.) ¡Rompan filas,
batallón!..,
SALP. ¡Adelante, Salpicón!...
Con discreción,
con precaución,
sube las gradas
del pabellón.
(Sube los escalones y se pone á mirar por la cerradura de la puerta.)

ESCENA III.

SALPICÓN, SARGENTO y SOLDADOS.

Van saliendo de puntillas por detrás del pabellón, y observan lo que hace Salpicón.

SARG. y SOLDS. Mientras ese cernícalo
oculta su intención,
vamos con tino raro,
con calma y precaución;
á ver qué busca
con tal descaro,
tras de la puerta
del pabellón!

SALP. ¡Audacia, Salpicón!
SOLDS. ¡Silencio y discreción!

—

SALP. (Mirando por la cerradura.)
¡Ya la veo! ¡Está de espaldas!
¡Ay! qué cuerpo tan divino...
SOLDS ¡Ese tuno, en viendo faldas,
es capaz de un desatino!
SALP. ¡Si la cara es como el cuerpo
debe ser una beldad!
SOLDS. ¡Es capaz, si se le deja,
de hacer una atrocidad!
SALP. Son sus hombros de alabastro,
y es su cuello de paloma.
SOLDS. ¡Me parece que el exámen
va pasando ya de broma!
SALP. Pues señor, es cosa rara
que su cara no he de ver.
SOLDS. Es capaz de cualquier cosa
en mirando á una mujer.
SALP. Ay, Salpicón,
por precaución
baja las gradas
del pabellón. (Baja las escaleras.)
SOLDS. El muy bribón,
por precaución,
baja las gradas
del pabellón! (Retirándose de la escena.
SALP. ¡Audacia, Salpicón!
SOLDS. ¡Silencio y discreción!
(Se retiran de la escena, quedando Salpicón solo y en el proscenio.)
SALP. ¡Nadie me espía!
qué tuno soy!
á decirlas mi historia cantando
á solas voy.

—

Desde que era chiquitito
por lo alegre y lo bonito,
las muchachas de mi aldea
me pusierón Salpicón.
Desde entonces, lo confieso,

pierdo el tino y pierdo el seso,
en mirando á mis alcances
una falda y un jubón!
Porque en el mundo,
si bien se mira,
todo es mentira,
todo ilusión;
menos los ratos
que el hombre goza
con una moza
de corazón!

SOLDS. (Que han ido saliendo poco á poco, y quedándose en el foro casi en fila.)
En eso tiene
mucha razón,
el bribonzuelo
de Salpicón.

—

SALP. Salpicón ha ido creciendo,
más con el vicio tremendo
de volverse por las mozas
un menudo salpicón.
¡Y como ellas me aderezan,
en cuanto á comerme empiezan,
como soy un plato fuerte
las doy una indigestión!
Y ya me suben,
y ya me bajan,
y me agasajan
con tal pasión,
que á tanto gasto
ya no da abasto
el pobrecito
de Salpicón.

SOLDS. ¡En eso tiene
mucha razón
el bribonzuelo
de Salpicón!
¡Salpicón! ¡Salpicón! ¡Salpicón!
(Á voces, rodeándolo y dándole palmadas.)

HABLADO.

SALP. ¿Qué haceis aquí, condenados?
.SARG. ¿Y tú, tunante, que hacías?
Dime, bribonzuelo; ¿cuántas
hembras propias necesitas?
¿No te basta con tu esposa?
SALP. ¡Que si te oyen me asesinan!
(Señalando al pabellón.)
TODOS. ¿Con su esposa?
UNO. ¿Eres casado?
SARG. ¡Justo!
TODOS. ¡Casado!
SALP. ¡Mentira!
SARG. ¿Cómo que no? ¡Si yo estuve
en la boda!
SOLDS. ¡Hombre!
SALP. Por vida...
SARG. Yo os la contaré.
SALP. ¡No quiero!
SARG. Lo pide la compañía.
SALP. Yo lo impido.
SARG. ¿Y de qué modo?
SALP. Contándola yo en seguida.
SARG. ¡Que la cuente!
TODOS. ¡Que la cuente!
SALP. ¡Pero ha de ser en familia!
¡Es decir, que no direis
nada á esas mozas divinas
del pabellón!
SARG. ¡Ah! ¿son varias?
SALP. Dos. ¡Ama y criada!
SARG. ¿Y lindas?
SALP. ¡La criadita un pimpollo!
El ama... cosa magnífica...
¡de espaldas!... Aun no he podido
verla de frente.
SARG. ¡Que olvidas
la relación de tu boda!
SALP. Pero Sargento...
SARG. ¡Era el día (Alto.)

diez y seis de julio! Estábamos...

SALP. Yo la contaré.

SARG. ¡Principia!

(Pausa: todos le rodean y él se queda en medio.)

SALP. En la heróica Zaragoza,
sitiada, más no rendida
por los franceses, estábamos
hace un año el cabo Brisca,
el Sargento Ruíz y yo,
en la cuarta compañía
del tercio de fusileros,
hoy diez y siete de línea.
En el hospital del Cármen,
dónde las bombas caían
como una nube de moscas
en un plato de natillas;
llegó una mujer á palos
y á pedradas mal herida
por el pueblo, que su muerte
á grandes gritos pedía.
«¡Es afrancesada! ¡Muera!
»¡Matarla! ¡Quemarla viva!»
¡Y acompañaban las voces
con bofetadas magníficas,
aragonesas, de aquellas
que en el aire echan ya chispas!
Yo que ante una buena moza
me derrito como almíbar,
y más si es como era aquella,
ancha y alta... y blanca y fina,
quise defenderla, pero
el pueblo echándose encima
me gritaba: «es la marquesa
»del Valle Umbrío; una pícara
»que se disfraza y que sirve
»á los franceses de espía!...
»¡Matarla!.. » Ella desgreñada
apretaba mis rodillas,
y «¡salvadme de esas fieras!»
en voz baja me decía.
Hice un esfuerzo supremo
y fingiendo enojo é ira,

grité: «Bárbaros; ¡dejadla!
«Si se parece esta chica
»á esa que decís, no es ella;
»es mi novia.»... «¡No, mentira!»
gritaban los otros... «¡Vino
»ayer con su anciana tía
»de Ateca, sólo por verme!»
»¡Es cierto!» dijo la indina
al momento: «¡por si acaso
»degolladla!» repetían.
«¡Atrás! ¡es mi novia!» Un hombre
dominó la gritería,
y dijo: «dadnos si es cierto
»una prueba decisiva.
»Aquí, en el mismo hospital,
»hay un cura en la capilla:
»si es la marquesa, primero
»que casarse con un quídam,
»por vana y por orgullosa
»perderá á gusto la vida!
»¡Si es tu novia, bien merece
»un premio por la paliza!...
»¡Conque delante de todos,
»ó casada, ó hecha trizas!»
Los hombres la amenazaban,
las mujeres la escupían,
pero ella echando á mi cuello
sus manos alabastrinas:
«¡Soy tu novia y soy tu esposa!»
en voz alta repetía..
Y entre gritos, amenazas,
tiros, bombas, muerte, ruinas,
anuncios todos fatales
de mi próxima desdicha,
trajeron el cura a rastras,
me pusieron de rodillas,
y quieras que no... «*Conyungo...*»
y eso por toda la vida.

SARG. Os casaron?

SALP. En latín.

UNO. ¡Ave María Purísima!

SALP. ¡Eso digo yo!—Seguimos

pelcando todo el día
y á la noche...

SARG. ¡Punto y coma!

SALP. ¡No hubo tal ortografía!

SARG. ¿Cómo?

SALP. En dos machos, dispuestos
por mi sublime costilla,
huíamos disfrazados
y unidos por la campiña.

TODOS. ¡Hola!

SALP. «Yo puedo, mi esposa
»me dijo con voz melíflua,
»anular el matrimonio
»y hacer que esta noche misma
»te deguellen los franceses;
»pero soy caritativa,
»y pues mi vida salvastes
»tuya es mi mano y mi vida.»

SOLDS. ¿Era la marquesa?

SALP. ¡Claro!

SARG. ¿Desertaste de las filas?

SALP. ¡Ella lo quiso! Además,
ya confiscados tenía
sus bienes, y hoy ni es marquesa
ni tiene hogar ni familia:
no es más que la esposa de un
¡soldado de infantería!

SARG. ¿Y cómo no vivis juntos?

SALP. ¡Pasé con ella los días
más horribles y más crueles
que las historias registran!
¡Mi mujer era un demonio!
¡una serpiente! ¡una bívora!
¡Á los nueve meses justos
de nuestra boda maldita,
echó al mundo un tierno vástago,
y al verle de *estirpe indigna*
y bruto como su padre,
se desbordó la medida!...
¡Por la mañana, empujones!
¡por la tarde, cachetinas!...
¡ella... así me preguntaba...

(Dando con el puño en el aire.)
y yo... así... la respondía!...
(Dando puntapiés.)
Harto de tanto ejercicio,
y después de una entrevista
en que hizo de mi pellejo
con sus uñas una criba,
puse piés en polvorosa
y con mi pobre balija,
soltero, casado y viudo
volví á la ciudad invicta!

SARG. ¿Pero eres marqués?

SALP. ¡De pega!

SARG. ¡Ah, mal padre de familia!
¿No has vuelto á ver á tu hijo?

SALP. No, mientras su madre exista.
¡La tengo yo mucho miedo!

SARG. ¿Y qué hiciste?

SALP. Á los tres días
salí con mi batallón
para Bailén y Sevilla.
Hemos hecho la campaña
de invierno en Andalucía;
hemos vuelto á las montañas
de Huesca, y aunque me digan
«vás á estar treinta y cinco años
»batiéndote noche y día;
»sin pan, sin agua, sin cama,
»y con la bolsa vacía
»y con la barba hasta el suelo;»
todo lo acepto en seguida
antes que volver al yugo
que la marquesa me brinda.
¡*Ego sum*! Esta es la historia.
Si alguno me tiene envidia
le regalo á mi mujer
y le doy dinero encima.

TODOS. ¡Bravo!

SARG. ¡Victor Salpicón!
¿Pero no tienes noticias?

SALP. ¡Ninguna! ¡Yo soy soltero!
¡Viva el rancho y la alegría!

¡Silencio!
(Se abre la puerta del pabellón y aparece Lucía en el umbral.)

TODOS. ¿Qué pasa?

SALP. ¡Que abren
el pabellón!

SOLDS. ¡Una chica!

SALP. No digaís nada.

SARG. No temas.
Si es que te atreves, conquístala.

ESCENA IV.

SALPICÓN, SARGENTO, SOLDADOS y LUCÍA.

LUCIA. (Vuelta de espaldas y figurando que habla con alguien que está dentro.)
Bien señora; iré corriendo,
para volver en seguida.
(Baja y la rodean todos los soldados.)

SOLD. ¡Alto!

LUCIA. ¿Qué es eso? ¡dejadme!

SARG. No será sin que nos digas
el nombre de tu señora.

SOLD. ¡No, el tuyo!

LUCIA. El mío es Lucía:
el suyo no le conozco.
Hace sólo quince días
que vino á Jaca en un coche,
me buscó para servirla,
y de la ciudad salimos
al punto, para esta quinta
ó torre que... ¡Ah! ¡Salpicón!
(Viéndole y corriendo á él con interés.)
¡Felices!

SALP. ¡Felices, niña!

SARG. ¡La conoce el muy tunante!

SALP. ¿Conque esta noche... Eh?

TODOS. ¿Una cita?

LUCIA. ¿Para qué andar con misterios?
Esta noche hay baile y rifa
en la posada: yo acepto
su brazo y su compañía,

¡si es que viene con buen fin!
SARG. ¿Cuál es ese fin, mocita?
LUCIA. ¿Cuál ha de ser? Que este joven,
como ayer me prometía
se case conmigo.
TODOS. ¡Bravo!
SARG. ¡Su marido!
TODOS. ¡Pobre chica!
SALP. Señores...
SARG. ¡Nada, si quieres,
cero y van dos!
LUCIA. ¡No se rían!
¡que él me lo ofreció!
SARG. ¡Tunante!
(Redoble dentro, de tambor.)
¡Chito!...
TODOS. ¿Qué es esto?
SARG. ¡Á las filas!
(Todos se agrupan delante del pabellón. Por el foro sale un oficial con varios soldados con fusiles, y un pregonero con papeles en la mano. Lucía se queda retirada al otro lado del proscenio.

ESCENA V.

DICHOS, un OFICIAL, un PREGONERO y varios SOLDADOS.

MÚSICA.

OFICIAL y SOLDS. En nombre de la ley
repite tu pregón,
y viva nuestro rey
y viva la nación!

—

SOLDS. de ESCENA. En nombre de la ley
oid este pregón,
y viva nuestro rey
y viva la nación!
OFICIAL. ¡Atención!
TODOS. ¡Atención!

—

PREG. (Leyendo: sigue la música de la orquesta pianísimo para que se oiga bien.)
«La junta de salvación y defensa de la In»victa Zaragoza, decreta: que estando el »Conde del Soto convicto del crímen de ha»ber entregado al ejército francés el Casti»llo de Grisén, escapándose después á la »justicia de la Nación, ha sido condenado á »muerte, y su cabeza puesta á precio de dos »mil ducados, que serán para el que le de»nuncie ó entregue á nuestro consejo per»manente de guerra.»

SALP. (¡Cielos, el Conde!)

LUCIA. (¡Qué hacer!
¡pobre ama!)

SARG. ¡Sigue, valiente!

LUCIA. (¡Su más próximo pariente!)

SALP. (¡El primo de mi mujer!)

PREG. «La junta sabe que el Conde anda fugitivo »por las montañas de Huesca con objeto de »pasar la frontera, y sus señas particulares »son las siguientes.»

LUCIA. ¡Pobre señor!

SARG. ¿Y por qué
es un traidor? vive Cristo!

SALP. (Como yo nunca le he visto,
así le conoceré.)

PREG. «Edad, veinte y siete años, estatura, cinco »piés y seis pulgadas, ojos pardos, boca pe»queña. Su traje se compone de calzón os»curo, media clara, un carrik largo gris, y »sombrero redondo de anchas alas.»
(Mientras el Pregonero lee estas señas, aparecen por el centro de la montaña, dos hombres, llevando uno de ellos el traje que se indica: al verlos, todos retroceden involuntariamente.)
«El que lo oculte ó favorezca su fuga, será »como él condenado á muerte.»

—

(Fuerte de orquesta, y continúa el canto.)

MÚSICA.

TODOS. ¡Á muerte, qué horror!
LUCIA. (¡Dios mío! ¡No veís,
su traje es el mismo! (*Ap. á Salpicón.*)
SALP. ¡No hay duda que es él!
TODOS. ¡Si baja, es perdido!
LUCIA. Corramos á ver
si puede mi ama
salvarle tal vez. (*Vase corriendo.*)
SALP. ¡No es este el momento
de charlar con él!
Escurrir el bulto
es lo que hay que hacer.
(*Vase por el otro lado.*)
TODOS. ¡En nombre de la ley
repite tu pregón,
y viva nuestro rey,
y viva la nación!

—

(*Vánse dejando pegado en el árbol el pregón que se ha leido. Queda la escena un momento sola.*)

ESCENA VI.

EL CONDE DEL SOTO, JUAN QUINTANA *que es el que lleva el traje que se marca en el pregón.*

HABLADO.

JUAN. Decid vuestro nombre al menos.
CONDE. ¿Te exijo yo el tuyo acaso?
JUAN. Lo que habeis hecho por mí...
CONDE. ¡Basta!... ¡que no es para tanto!
JUAN. ¿Cómo no?—Yerto de frío,
de fatiga y de cansancio,
me hallasteis ayer mañana
medio muerto en un barranco.
Caminaisteis cuatro leguas
á pié, llevándome en brazos:

de vuestros mismos vestidos
por mí os habeis despojado,
y vuelto á mi débil cuerpo
el valor conque me hallo:
me habeis salvado la vida,
y yo sería un ingrato
si ignorando vuestro nombre,
pues vamos á separarnos,
mis eternas oraciones
no os pudiera dar en cambio!

CONDE. Si rehuso responderte,
querrás detenerme acaso,
y espondrás hasta mi vida!

JUAN. No os comprendo.

CONDE. Es necesario
que lo sepas todo. Escucha.
Tu nombre no es un arcano
para mí.

JUAN. ¿Sabeis quien soy?

CONDE. Eres Juan Quintana.

JUAN. ¡Exacto!

CONDE. Labrador en Grisén...

JUAN. Cierto.

CONDE. Los franceses penetraron
en tu pueblo hace dos meses.
Sólo tú con otros varios
escapasteis de sus iras
huyendo de allí, y dejando
á vuestras pobres mujeres
sin defensa y sin amparo.

JUAN. ¡Yo dejé á la mía en cinta,
juzgad lo que habré pasado
sin tener noticias suyas
en estos dos meses largos!

CONDE. Tú sediento de vengaza
vienes á ver á tu hermano,
capitán en nuestro ejercito,
y á alistarte voluntario
en sus filas, mientras puedas
llevar un arma en la mano.

JUAN. ¡Es verdad!... ¿Cómo sabeis?...

CONDE. ¿Qué te importa mi relato?

Te prueba que mis socorros
no eran hijos del acaso.

JUAN. Más decidme al menos...

CONDE. Juan,
al término hemos llegado
los dos de nuestro viaje,
y es preciso separarnos.
El regimiento que buscas
está aquí... yo voy en cambio
más lejos... (Señala la montaña.)

JUAN. ¡Vos!

CONDE. Perseguido;
injustamente acusado
moriría hoy sin poder
probar mi inocencia, y amo
tanto mi honra, que hasta verla
limpia, cual culpable parto!

JUAN. ¿Quién sois?

CONDE. ¡El conde del Soto!

JUAN. ¡Ah! (Retrocediendo.)

CONDE. ¡Si oyes decir acaso
que soy traidor á mi patria
y á mi rey, jura bien alto
que soy inocente, ¡pronto
sabrá el cielo demostrarlo!

JUAN. ¿Por qué os habeis detenido?

CONDE. Me obligaba un deber santo
á velar por tí: ¡á cuidar
de tu existencia!

JUAN. No alcanzo...

CONDE. ¡Pronto lo sabrás... adios!
(Dirigiéndose á la montaña.)

JUAN. Señor; me habeís abrigado
hasta aquí con vuestro traje,
pero ahora, esos montes altos
cubiertos de nieve, os dicen
que os ha de ser necesario
más que á mí!

CONDE. ¡Guárdale, Juan!

JUAN. ¡Oh, señor, yo estoy en salvo
y vos no!
(Comenzando á quitarse el carrik, y apoyado en el

árbol que está pegado el pregón.)

CONDE. Tal vez encuentres
en ese abrigo el arcano
de mi interés y tu dicha.

JUAN. ¡Tomad! (Ofreciéndoselo.)

CONDE. ¡Adios!

JUAN. (Leyendo el pregón) ¡Cielo santo!
(Da un grito y el Conde baja al proscenio con rapidéz.)

MUSICA.

CONDE. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

JUAN. (Gran Dios... que leí...
¡Sus señas son estas!)

CONDE. ¿Qué pasa por tí?

JUAN. (Si el traje recobra
y huyendo le ven,
harán los soldados
fuego sobre él.)

CONDE. Pues que así te empeñas
cambiemos al fin.

JUAN. ¡Señor... imposible!

CONDE. ¿Qué pasa por tí?
(Á un movimiento del Conde en que vuelve la cabeza, Juan arranca del árbol el pregón, y lo oculta rápidamente.)

JUAN. Yo espiraba de hambre y frío,
de cansancio y de dolor,
y en mitad de las montañas
fuisteis mi ángel salvador.
Este traje que os cubría
os quitasteis para mi;
y á su bienhechor abrigo
el calor vital debí.
Pues que le guarde,
señor, quereis,
y en él mi dicha
me prometeis;
veré si tiene
tanta virtud,

que el aquí os pruebe
mi gratitud.

CONDE. Si espirando de hambre y frío,
de cansancio y de dolor,
en mitad de esas montañas
ayer fuí tu salvador.
Otra deuda más sagrada
que tú ignoras y yo sé,
ese traje guarda oculto
por tu dicha y por tu bien.
Cuando ya lejos
esté de aquí,
él sabrá hablarte
mejor de mí;
y tanta dicha
en él veras,
que mi recuerdo
bendecirás!...

JUAN. (¡No sabe el desdichado
que á huir de España va,
que en Jaca su cabeza
á precio puesta está!)

CONDE. (No sabe el desdichado
que en ese traje está
el bien que inesperado
mi gratitud le da.)

JUAN. Tal vez no volvamos
á vernos los dos.

CONDE. ¡Dios guarde tu vida!
¡Protéjale Dios!

—

CONDE. Si mi inocencia
logro probar
y á España vuelvo
á pelear,
de ser tu amigo
tendré ocasión
como lo anhela
mi corazón.

—

JUAN. Si en vos la patria

injusta ó no,
hoy por desgracia
mira un traidor,
yo si es preciso
pagándoos bien,
por defenderos
morir sabré!

—

CONDE. Tal vez no volvamos
á vernos los dos.
JUAN. ¡Dios guarde su vida!
CONDE. ¡Protéjate Dios!
JUAN. (Tendiéndole la mano.) ¡Adios!
CONDE. ¡Adios!...
JUAN. ¡Adios!
CONDE. ¡Adios!
JUAN. !Adios!

(El Conde se aleja por la montaña. Juan por la izquierda. Pausa.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA DEL VALLE UMBRÍO por el pabellón.

HABLADO.

¡No vuelve y el tiempo pasa!...
¡y si le cogen en tanto,
le matarán! ¡Cielo santo!
¡La incertidumbre me abrasa!
¿Inútiles habrán sido
mis esfuerzos, mi dinero,
para salvar al que quiero?
¡Ay! ¡si fuera mi marido
al hombre que así buscaran!
¡Qué poco fuera mi susto!
¡Con qué placer! ¡Con qué gusto
dejaría que le ahorcaran!

ESCENA VIII.

LA MARQUESA y LUCÍA, corriendo con unos papeles en la mano.

LUCIA. ¡Señora!
MARQ. ¡Lucía¡ ¿Y qué?
¿tu viaje ha sido en valde?
¿Encontrastes al Alcalde?
LUCIA. ¡Lo que he corrido no sé!
MARQ. ¡Adivina mi ansiedad
y habla! ¡Momentos crueles!
LUCIA. Ya os dirán estos papeles
más pronto que yo... (Se los entrega.)
MARQ. (Tomándolos y leyendo en voz baja.)
¡Es verdad!
¡Cómo! ¡Es cierto lo que leo!
¡Oh! ¡gozo! (Sigue leyendo.)
LUCIA. No sabe usía
lo rendido que venía
el que los trajo: un correo
que salió de Huesca ayer
con orden de reventar
caballos, para llegar
hoy antes de anochecer!
¡Esa alegría que noto!...
MARQ. Aquí, el general Gonzalvo,
me dice que ya está en salvo
mi primo el conde del Soto.
LUCIA. (¡Y pregonan su cabeza!)
MARQ. El consejo ha descubierto
por espías, que no es cierto
que entregó la fortaleza.
Que los franceses entraron
en el fuerte por traición,
matando á la guarnición,
y á mi primo se llevaron.
Como no se supo de él,
creyeron que había vendido
la plaza al francés, y huído:
de aquí la sentencia cruel

de declararle traidor,
mientras tal vez prisionero
gime en país extranjero;
y le han devuelto el honor,
y por si logra escapar,
manda el consejo... bien claro,
que le dén favor y amparo
si se le llega á encontrar.

LUCIA. ¿Conque ya no hay riesgo?

MARQ. ¡No!

LUCIA. ¿Y puede andar libre ya
y venir aquí?

MARQ. ¡Ojalá!

LUCIA. ¡Pues yo le he visto!

MARQ. ¡Tú?

LUCIA. ¡Yo!

MARQ. ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Á tí te engaña
tu afán! ¿De qué le conoces?
¡Acaba!

LUCIA. ¡No dé usía voces!
(¡Qué genio!) ¡En esa montaña!
Al salir del pabellón
y al ir á echar á correr
para cumplir con placer
mi importante comisión;
mientras aquí un oficial
su cabeza pregonaba,
por ese monte bajaba
un hombre, con traje igual
y con idénticas señas
al del pregón maldecido:
de pronto quedó escondido
un rato tras unas peñas.
Volvió á aparecer, y al verle
cuantos descender le vieron
llenos de terror huyeron;
¡ninguno quiso prenderle!

MARQ. ¿Y sin decírmelo estás?
¿Y tú, qué hicistes... á ver?
¡Di pronto!

LUCIA. ¡Echar á correr
como todos los demás!

MARQ. ¡Oh! ¡búscale!
LUCIA. ¿Pero dónde?
MARQ. ¡Es mi primo!
LUCIA. ¡No lo ignoro!
MARQ. ¡Oh, rabia! ¡Cuatro onzas de oro
al que me traiga aquí al Conde!
LUCIA. Pero...
MARQ. Si le vuelvo á ver
no le dejaré en reposo
hasta que busque á mi esposo
y le mate. (Marchándose al pabellón.)
LUCIA. (Qué mujer!...

ESCENA IX.

LUCÍA y á poco JUAN QUINTANA.

LUCIA. ¡Está loca rematada!
¿Dónde le voy yo á buscar?
¡Si ha leído los pregones
sabe Dios donde estará!
JUAN. (Saliendo por donde se fué.)
Por este lado del pueblo
no hay nadie á quien preguntar.
Ni hombres... ni mujeres...
LUCIA. (Reparando en Quintana.) ¡Cielos!
¡Es él! ¡Oh, casualidad!
¡No ha huído!
JUAN. En cuanto atraviese
la plaza con mi disfraz
me pondrán la mano encima
diciendo sin vacilar...
LUCIA. (Acercándose y poniéndole una mano en el hombro.)
Señor Conde...
JUAN. ¡Ya caí!
LUCIA. Veníos conmigo.
JUAN. ¡Ah!
¡Una mujer!
LUCIA. Ya estaís libre.
JUAN. (¿Qué dice? ¿Será verdad?)
LUCIA. ¡Ya han llegado los papeles

y declara el tribunal
que soís inocente!

JUAN. ¿Yo?

LUCIA. ¡No disimuleís ya más.
Sí; señor Conde del Soto;
venid las gracias á dar
á vuestra prima, que ha hecho
prodigios de habilidad!

JUAN. (¡Seguirá huyendo tal vez!)
Con que mi prima... (Disimulando.)

LUCIA. Ahí está
esperando la Marquesa.

JUAN. ¿La Marquesa?

LUCIA. Y me va á dar
cuatro onzas en cuanto os lleve.

JUAN. (Pues no me han tasado mal.)

LUCIA. Os quiere con alma y vida.

JUAN. (¡Parentesco singular!)

LUCIA. No os ha visto hace quince años.

JUAN. Pues no me conocerá.

LUCIA. ¡Sois el único pariente
que la queda!

JUAN. ¿De verdad?
¿soy yo el único?

LUCIA. Es decir,
tiene á su marido...

JUAN. ¡Ya!

LUCIA. Mas como el infame huyó
y no la ha vuelto á ver más,
según dice ella, dejándola
en su triste soledad
con un hijo... Sólo piensa
en su primo...

JUAN. Es natural.

LUCIA. ¡Y soís vos... en fin, venid!...

JUAN. (Esta criada habla más
de lo justo, y no conviene
el secreto divulgar.
Por sí ó por no, yo á esa dama
diré toda la verdad.)

LUCIA. Ved que si no venís pronto,
vuestra prima es muy capáz

de ir á buscaros...
JUAN. Entremos.
(Así podré descansar
y ver si es cierto que el Conde
no corre peligro ya.)
LUCIA. (Las cuatro onzas son seguras,
¡qué alegría la va á dar!)
(Entran ambos en el pabellón y cierran la puerta.)
(Salpicón sale por detrás del pabellón.)

ESCENA X.

SALPICÓN.

SALP. Ahora que no hay ningún riesgo
y que han mandado arrancar
esos pregones, diciendo
que el Conde del Soto está
libre de culpa, yo puedo
sin comprometerme, hablar
con él. Es indispensable
que le cuente la verdad:
que fué por fuerza mayor
nuestra boda desigual,
y que él, con tantos influjos
como de fijo tendrá,
con un divorcio nos vuelva
á los dos la libertad!
¡Lo malo es el chico! Alguien
tiene que ser su papá,
y siéndolo yo realmente
esa es la dificultad.
¡En fin, que lo arreglen ellos!
(El Conde del Soto baja apresuradamenle por la montaña con un papel en la mano. Salpicón le vé.)

ESCENA XI.

SALPICÓN y el CONDE.

SALP. ¡Qué veo, ese perillán
que baja por la montaña

es el que venía acá
con mi primo el del carrik!
Ese me puede indicar
donde encontrarle.

CONDE. (¡Díos mío!
¿Qué he leído? ¿Si creerá
que yo le cedí mi traje
para poder escapar
y perderle en lugar mío?
¿Si será tiempo?...)

SALP. ¡Alto allá!

CONDE. ¡Un soldado! Camarada,
yo vengo aquí á declarar
que soy...

SALP. (Interrumpiéndole.)
Lo sé; el compañero
del Conde del Soto.

CONDE. (¡Ah! ¡Está
preso ya por mí!) Es que el Conde...

SALP. Ya le he visto.

CONDE. No es verdad:
el Conde soy yo.

SALP. Es inútil
tú rara fidelidad.
Le han declarado inocente.

CONDE. ¿Pués entónces, dónde está?
Yo le dejé aquí.

SALP. Busquémosle.

CONDE. ¿Tú, á qué?

SALP. Le tengo que hablar.

CONDE. ¿Al Conde del Soto?

SALP. Al Conde.

CONDE. ¿Y con qué objeto?

SALP. ¡Ahí verás!
¿No es primo de la Marquesa
de Valle Umbrío?

CONDE. ¡Si tal!
Pero desde la niñez
no se han vuelto á ver jamás.

SALP. Eso no importa, es su primo,
y él ya por fuerza sabrá
su boda con un soldado

en Zaragoza.

CONDE. Es verdad,
se lo han dicho.

SALP. ¡Un guapo mozo!
¡Yo soy el marido!

CONDE. ¡Ya!

SALP. Me parece que la planta...

CONDE. No se puede pedir más.
(¡Pobre prima!)

SALP. ¡Pues amigo:
esa Marquesa infernal,
á quien Dios confunda!...

CONDE. ¡Cómo!

SALP. ¡Tiene un genio de alquitrán;
y un carácter de serpiente,
y es más mala que caifás!

CONDE. Repara...

SALP. Conque es preciso
que el Conde nos ponga en páz,
siquiera porque hay un vástago
que el título heredará,
si algún día la Marquesa
llega el suyo á recobrar;
ó que un divorcio nos dé
la separación legal.
Para eso busco yo al Conde:
si no lo llego á encontrar
tú que pareces su amigo...

CONDE. Intimo. (Sonriéndose.)

SALP. Se lo dirás.
De esta hecha, ó quedo soltero.
ó soy Marqués de verdad.
(Medio mútis, y vuelve con rápidez cantando.)

MÚSICA.

SALP. Porque ya ves
que es cosa atróz
andar al morro
entre ella y yo.
Ella es terrible,

yo soy atróz,
y es una guerra
sin compasión.

—

Pero con ella es necesario
tener en casa un arsenal,
para salir con honra y vida
de mi campaña marital.
Si duermo poco, silletazo,
si duermo mucho, torniscón,
si no la miro, puñetazo,
y si la abrazo, bofetón:
de tal manera
que aunque yo quiera
ser un marido
poco cerril,
siempre me acuesto
con puñal puesto,
navaja, espada,
sable y fusil.

—

Cuando me voy me da pellizcos,
cuando me quedo, puntapiés,
y yo la atizo cada soba
que me la vuelvo del revés.
Nuestros vecinos decidieron
al ver la lucha conyugal,
para nosotros dos solitos
establecer un hospital.
Mi matrimonio,
que hizo el demonio,
sólo un divorcio
puede romper,
ó el mejor día
con rábia impía,
me cómo cruda
á mi mujer.

—

(Vase corriendo por detrás del pabellón.)

ESCENA XII.

EL CONDE, á poco JUAN QUINTANA.

HABLADO.

CONDE. ¡Vaya un cuadro divertido!
¿quién tendrá menos razón,
si mi prima Encarnación
ó el bruto de su marido?

JUAN. (Saludando desde el pabellón con la espalda vuelta al público.)
Señora.

MARQ. (Dentro.) ¡Primo, hasta luego!

CONDE. ¿Qué miro? ¿No es Juan Quintana?

JUAN. ¡Qué he de hablarla! ¡Empresa vana!
¡Qué charlar! ¡Y con qué fuego!

CONDE. Al fin te encuentro.

JUAN. ¡Ah! ¿sois vos?

CONDE. ¿Sabes ya mi libertad?
Dudaste de mi lealtad
y creiste...

JUAN. ¡No por Dios!
¡Pero el cielo os trae aquí!
Figuraos que una dama,
que es vuestra prima y os ama...

CONDE. La Marquesa de...

JUAN. Está ahí.

CONDE. ¿Cómo?

JUAN. Á averiguar llegaron
que os hallabais escondido,
sentenciado, perseguido,
y con vos me equivocaron
por las señas del pregón.
Vuestra prima dió en charlar
y no la pude explicar
su extraña equivocación.
¡Qué de abrazos! ¡Qué lamentos!
¡qué hablarme de su marido!
¡Ella sola ha conseguido
presentar los documentos
que prueban vuestra inocencia,

y ella os ama de tal modo
que estaba resuelta á todo
por salvar vuestra existencia!

CONDE. (¡Pobre Encarnación!)

JUAN. En fin,
no me dejó abrir la boca,
y esta noche de amor loca
os espera en su jardín.

CONDE. ¿Á mí?

JUAN. Á su primo.—¡Sois vos!
No quiere que os vean entrar
de día, y hay que esperar
al anochecer.

CONDE. ¡Adios!

JUAN. ¿Qué haceis?

CONDE. Mi prima es casada,
y yo no la amo. Si llego...

JUAN. Y así despreciais el ruego
de una mujer desgraciada?
«Cuando su negro capuz
»extienda la noche ya»
—me ha dicho,—«aparecerá
»en mi ventana una luz.»

CONDE. ¿En esa ventana?

JUAN. En esa:
y en cuanto la luz se acabe,
ella tocará en el clave
una jota aragonesa.
La criada os abrirá
una puerta...

CONDE. ¿Cuál?

JUAN. Lo ignoro;
y á oscuras, por el decoro,
al jardín os guiará!
Este plan ha decidido
entre riendo y llorando,
y dando voces, y echando
pestes contra su marido.

CONDE. Nada me importa.

JUAN. ¡Y es bella!

CONDE. ¡Urge otro negocio más!
¡En mi traje encontrarás

una bolsa, y dentro de ella,
(por eso te lo dije,)
un papel que te asegura
bienestar, dicha y ventura!
(Quintana saca la bolsa del bolsillo del carrik.)
¡Es tuya!

JUAN. Mía, no á fé.

CONDE. Es que en tu casa, ha dos meses,
tu mujer, mi Providencia,
exponiendo su existencia
me ocultó de los franceses.
Juré al partir de Grisén
encontrarte. y te he encontrado;
pero aun no te he pagado
aquel recibido bien.

JUAN. ¡Me lo pagasteis con creces,
pues sin vos hubiera muerto!

CONDE. Habrás pensado, no es cierto,
en tu mujer muchas veces?

JUAN. ¡Si tal!

CONDE. ¡Pues es tu deber
aceptar, aunque te aflija,
un dote para tu hija
á quien he visto nacer!

JUAN. ¡Qué .. ¡una hija!. . ¡Cielo santo!
¡Dejadme que al punto parta!
¡Quiero verla!
(Empieza á oscurecer poco á poco.)

CONDE. ¡Lee esta carta
de tu esposa, mientras tanto!

JUAN. ¿Dónde?

CONDE. En esa bolsa está:
atrévete á devolverme
esa carta, sin leerme
lo que te dice...

JUAN. (Sacándola de la bolsa.)
¡No!... ¡Ah!...
¡Esta es!... ¡más la noche empieza
y no veo' «¡Juan del alma!»
(Leyendo con dificultad.)
¡Mujer de mi vida!

CONDE. ¡Calma!

(Aparece una bujía en la ventana baja del pabellón.)
¡Próvida naturaleza!
Mi prima nos va á alumbrar.

JUAN. ¡Vuestra cita!

CONDE. ¡Lee, Quintana!

JUAN. (Leyendo conmovido á la luz de la bujía.)
«¡El lunes de la semana
»pasada nació Pilar!
»Ante ese nombre divino
»ha hecho de encontrarte voto,
»el señor Conde del Soto
»que fué anoche su padrino.»
¡Ah! ¡vos señor! «¡Ya te dí
»una esperanza cumplida!
»ahora conserva tu vida
»para ella y para mí.»
¡Oh!... ¡mi hija! ¡mi tesoro!
¡Mi joya! ¡mi luz! mi encanto!

CONDE. Ese es su dote. (Deja el carrik sobre la piedra.)

JUAN. ¡Mi llanto
os dice que ya la adoro!
¡Señor, bendito seais! (Se apaga la luz.)

CONDE. ¿Qué es esto?... ¡La luz se apaga!
¡Ah!... ¡ya! ¡buen provecho le haga
á mi prima!
(Tocan dentro en el clavo una jota aragonesa.)

JUAN. ¿No escuchais?

CONDE. ¡Parece que tiene priesa!

JUAN. ¡Yo partiré antes del día!

CONDE. ¡Acompañe tu alegría
esa jota aragonesa!

ESCENA XIII.

EL CONDE, JUAN, la MARQUESA, (dentro.) SALPICÓN por detrás del pabellón, y después LUCÍA por la puerta del mismo. Oscuro completo.

MÚSICA.

MARQ. Para dolores mi pecho, (Dentro)

para mozas mi país,
para constancia mi alma,
para flores mi jardín.

—

SALP. Ya es hora de ir al baile;
Lucía esperará:
¡cerrado según creo
el pabellón está!
Subamos. (Sube las gradas.)
CONDE. ¡Alguien llega!
(Sigue la Marquesa tocando la jota.)
JUAN. Repiten la señal.
CONDE. ¡Oh, Dios! ¡es su marido!
¡Conquista singular!
JUAN. ¡Proteja á los esposos
la densa oscuridad!
LUCIA. (Á Salpicón, abriendo la puerta del pabellón.)
¿Sois vos?
SALP. ¡En carne y hueso!
LUCIA. ¡Mi ama espera ya!
SALP. ¡Tu ama!
LUCIA. La Marquesa.
SALP. (¡Marquesa! ¡Quién será!
¡No salgo de Marquesas!)
JUAN. (¡Bendita oscuridad!)
LUCIA. ¡En el jardín y á oscuras
tendreísla que esperar!
SALP. ¿Á oscuras... y me espera?
ya no pregunto más.
(Entran en el pabellón.)
JUAN y CONDE. ¡Proteja á los esposos
la densa oscuridad!

ESCENA XIV.

EL CONDE, JUAN, OFICIAL, SARGENTO y SOLDADOS, con gran agitación.

CORO. Á paso redoblado,
tenemos que marchar,
que quiere el enemigo
entrar en la ciudad!

¡Corramos al combate!
¡Batamos al francés,
con sangre de sus hijos
España ha de vencer!

CONDE. ¡Á reñir! ¡Á luchar!
SOLD. ¡Á morir! ¡Á vencer!
CONDE. ¡Hermanos somos!
JUAN. ¡Vamos allá!
TODOS. ¡Independencia
y libertad!

(Todos corren hacia las montañas con gran entusiasmo.)

MARQ. (Dentro.) ¡Para verdades el tiempo,
y para testigos Dios,
y para querernos mucho
solitos mi primo y yo!

TODOS. ¡La Vírgen del Pilar dicen
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa!

(Repite la misma estrofa, bajando con gran animación á la batería todos.)

CONDE. ¡Hermanos somos!
JUAN. ¡Vamos allá!
TODOS. ¡Independencia
y libertad!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

LA GALA DEL EBRO.

ACTO SEGUNDO.

PERSONAJES DEL ACTO 2.°	ACTORES.
PILAR	Doña Cecilia Delgado.
LA MARQUESA	Srta. Llanos.
JUAN QUINTANA	Sr. Ripoll.
EL MARQUÉS	Sr. Tormo.
COLÁS	Sr. Morón.
ENRIQUE	»
ANTONIO	»
ANDRÉS	»
UN VOLANTE Ó LACAYO.	»

Coro de aldeanas aragonesas.

La escena en Grisén, cerca de Zaragoza 1828.

ACTO SEGUNDO.

Interior de una casa pobre en Grisén: Puerta grande al foro que dá al campo. Á la derecha, en el mismo foro, una alcoba cuyo interior vé el público, con una cama pobre, y cortinas en el hueco Á la izquierda una ventana practicable con dos hojas: en el muro de la derecha una puerta, y á su lado un armarito de pino, con botellas, vasos, platos, servilletas y cubiertos dentro. Á la izquierda una puerta, y cerca de ella una mesa ancha de pino con papel, tintero y plumas de ave, y una canastilla de labor. Una «Virgen» con un ramo de oliva encima de ella en la pared. La puerta de la izquierda cerrada. En la escena otra mesa y taburetes de pino.

Al levantarse el telón, Colás aparece escribiendo en la mesa que está jnnto á la pared, sin hacer caso de lo que pasa á su alrededor; y las aldeanas agrupadas frente á la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

COLÁS y ALDEANAS ARAGONESAS

MÚSICA.

ALDS. ¡Date mucha prisa
que las cinco son,
y llegamos tarde

á la procesión!
Todos en la iglesia
esperando están,
mira Pilarica,
que nos reñirán.

PILAR. (Dentro.) ¡Allá ván! ¡Allá ván!

COLAS. ¡Vá á ponerse guapa
y no es menester,
pues no la hay mas linda
en todo Grisén!
¡En cuanto ella salga
al punto me voy,
que en cuanto la veo
hombre muerto soy!

PILAR. ¡Aqui estoy! ¡Aquí estoy!

ESCENA II.

DICHAS y PILAR por la puerta izquierda.

ALDS. ¡Qué bien vestida,
que guapa estás!

COLAS. (¡Yo no sé al verla
lo que me dá!)
¡Ay Pilarica!

PILAR. ¡Hola, Colás!

ALDS. ¡Qué bien vestida,
qué guapa estás!

—

PILAR. Al tender su primer rayo
la luz del sol,
en las aguas de un arroyo
me lavo yo.
Sus corrientes cristalinas
mi espejo son,
y es el aire embalsamado
mi tocador.
No hay placer igual,
no hay dicha mayor
que salir al campo
cuando sale el sol,
de las flores ver
los colores mil

en las mañanitas
de Mayo y Abril.

—

Coro y Colas. No hay carita igual,
no hay niña mejor
en el claro rio
que riega Aragón.
¡Chiquito es su pié,
su talle es gentil;
ella es la mañana
de Mayo y Abril.

—

Colas. Aunque dicen que es tan bueno
el madrugar,
acostado hasta las once
me gusta estar.
¡Mas si algún día casado
me llego á ver,
yo madrugaré á las doce
con mi mujer!
Que no hay dicha igual
ni placer mayor,
que desde la cama
contemplar el sol.
Con su mujercita
charlar y reir
y hasta el medio dia
volverse á dormir.

—

Alds. Este buen Colás
es un camastrón;
y sí al matrimonio
le tiene afición,
como su mujer
no le haga cambiar
va á ser un marido
muy particular!

—

Pilar. Vámonos deprisa,
que las cinco son,
y llegamos tarde
á la procesión.

ALDS. Vámonos deprisa
que las cinco son,
y llegamos tarde
á la procesión!

—

(Pilar y las Aldeanas se van corriendo por la puerta del foro. Colás vuelve á sentarse á la mesa y sigue escribiendo.)

ESCENA III.

COLÁS solo.

HABLADO.

¡Ya se van! ¡y ella entre todas!
¡Cada dia más bonita!
¿Por qué la querré yo tanto?
¿Y por qué mi lengua pícara,
no se atreve al verla sola
su reconcomio á decirla?
Seis meses hace que aprendo
á escribir, y *entodavia*
sólo sé poner, «*te quiero*,»
y te quiero y mojo tinta,
(Escribe lo que dice)
y te quiero y *te requiero.*
Escribiéndola estaria,
en la siembra, en el agosto,
en la poda, en la vendimia.
«*Pilar, te quiero*» y van siete...
Ahora *Colás*, y la firma.
(Coge el papel y lo enseña al público con lo que ha dicho.)
¡Qué letrazas! pero al cabo
como las rompo en seguida,
y ella nunca ha de leerlas,
no hay gran mal en escribirlas.
(Deja el papel sobre la mesa y vuelve la cabeza, levantándose al ver al Volante de la Marquesa que entra por el foro.)

ESCENA IV.

COLÁS, EL VOLANTE y á poco la MARQUESA DE VALLE UMBRÍO, elegante y ricamente vestida: figurin exacto de 1828.

VOL. ¡Eh! ¡Buenas gentes!
COLAS. ¿Qué es?
(¡Ave María Purísima!
¡es un general lo menos!)
VOL. ¿No vive en esta alqueria
el labrador Juan Quintana?
COLAS. Si tal, pá servir á usía,
ó... á... vuecencia, ó á...
(Saluda exageradamente.)
VOL. (Hablando con la Marquesa que está dentro.)
¡Señora!
¡aquí es!
COLAS. (¡Pues si ese estantigua
es el criado, lo menos
el ama será una Obispa!)
VOL. Pasad, señora Marquesa.
(Saludando. Entra la Marquesa y se dirige á la mesa, sentándose en la silla de Colás.)
MARQ. En la alameda contigua
me esperas con el carruaje.
(Vase el Volante.)
COLAS. ¡Adios! ¡Se sentó en mi silla,
voy á coger el papel!
Ha puesto su brazo encima.
¡Qué fea es una Marquesa,
(Acercándose á ella.)
vista de cerca!
MARQ. ¡Eh! tú, avisa
á tu amo, que quiero hablarle.
COLAS. ¿Mi amo?
MARQ. ¡Quintana!
COLAS. ¡Ay, qué risa!
Juan Quintana no es mi amo.
MARQ. ¡Tu padre!
COLAS. Aunque yo en la vida

conocí otro, tampoco
es mi padre.

MARQ. Nada implica.
¿Qué especie de hombre es?

COLAS. ¿Qué especie?
¡Asi... de la especie mía!
Tiene dos brazos, dos piernas,
lleva calzon y camisa...

MARQ. ¡No es eso! ¿Es un hombre honrado?

COLAS. ¡Haga esa pregunta usía
á cualquiera por el pueblo,
así con una risita
como dudándolo, y puede
que la rompa á usted la crisma!

MARQ. ¿Eh?

COLAS. ¡Clarito!

MARQ. Anda á buscarle.

COLAS. Tal vez esté en la cocina...
el caso es... (¿y mi papel?)

MARQ. ¿Qué tardas?

COLAS. Es que queria...

MARQ. Dile que es negocio grave
y que tengo mucha prisa.

COLAS. (Le cogeré luego.)

MARQ. ¡Pronto!

COLAS. (¡Qué genio tiene esta tía!)
(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

LA MARQUESA, á poco EL MARQUÉS, (que es Salpicón), vestido de la última moda de la época. Ambos tienen diez y ocho años más que en el primer acto.

MARQ. ¿Qué tendría mi buen primo
que ver con esta familia?
Lo averiguaré si logro
celebrar esta entrevista
sin que el bruto de mi esposo
de este paso se aperciba.

MARQUES. ¡Aquí és! Si logro verle
sin que la furiosa arpia

de mi mujer me eche el guante...
MARQ. ¿Eh? ¿esa voz?
MARQUES. Mansión mezquina.
MARQ. ¡Mi marido!
MARQUES. ¡Mi mujer!
¡Se cayó la casa encima!
MARQ. ¿Qué buscais en esta casa?
MARQUES. ¿Y vos?
MARQ. ¡No vos!,
MARQUES. ¡Buena es esa!
MARQ. ¡Marqués!
MARQUES. ¿Qué ocurre, Marquesa?
MARQ. ¡Esto ya de broma pasa!
¿No he de tener libre un día
de vuestra odiosa presencia?
MARQUES. ¿Cuándo hará la Providencia
què acabe esta tiranía?
MARQ. ¡Le pedis mi muerte á Dios!
MARQUES. Y si Él me la concediera,
fuera la única manera
de vivir en paz los dos.
En fin, ¿que buscais aquí?
MARQ. No os tengo cuentas que dar.
MARQUES. Yo lo quiero averíguar.
¿No soy vuestro esposo?
MARQ. ¡Ay, sí!
¿Pero ya se os ha olvidado
que á pesar de los provechos,
á todos vuestros derechos
de tal habeis renunciado?
MARQUES. Renuncio y renunciaré
mientras me dure la vida;
pero hoy en esta partida
esposo y padre seré.
MARQ. Por eso nos encontramos
juntos en esta vivienda.
MARQUES. Hace falta quien defienda
el bien de nuestro hijo.
MARQ. Vamos!
¡Lo mismo vengo yo á hacer!
MARQUES. Ese hombre...
MARQ. Es testamentario

sin duda... ó depositario.
(Aparece Juan Quintana por la derecha.)
MARQUES. ¡Basta!
MARQ. ¡Chito, él debe ser!

ESCENA VI.

DICHOS y JUAN.

JUAN. Una señora Marquesa
que conmigo quiere hablar?
MARQ. Dejadme á mi principiar.
JUAN. (¿Qué embajada será esa?)
MARQ. Venga usted, amigo mío.
JUAN. (¡No juzgo de buen agüero
principio tan zalamero!)
MARQUES. ¿Dónde he visto yo á este tio?
MARQ. ¡Aquí nos tiene usted ya!
JUAN. ¡Habiendo venido, es claro!
MARQ. ¡Y juntos! ¡Es raro!
JUAN. ¿Es raro?
MARQ. No perdamos tiempo.
JUAN. ¡Ah!
MARQUES. ¿Qué nos va usted á decir?
JUAN. ¡Maldita de Dios la cosa!
MARQUES. Dejadme un momento, esposa.
JUAN. (¿Á dónde quieren venir?)
MARQUES. Si honramos esta mansión
y de tal modo le hablamos,
es...
JUAN. ¿Por qué?
MARQUES. ¡Porque esperamos
de usté una revelación!
(Mirando fijamente al Marqués.)
JUAN. (Es raro... no sé qué noto...)
MARQUES. ¿Acerca de qué?
JUAN. Y le intimo...
MARQUES. ¡Acerca de nuestro primo
el señor Conde del Soto!
JUAN. (Reconociendo á la Marquesa y retrocediendo.)
(¡Cielos! Es ella... ¡y se atreve!...)
Conocí á ese caballero,

el catorce de Febrero
de mil ochocientos nueve.

MARQ. (¡Qué fecha!)

MARQUES. (¡Qué fecha!... ¡Oh!)

MARQ. ¡Veinte años hace!

JUAN. ¡Sí... ayer!

MARQUES. ¡Y yo no le he vuelto á ver
desde aquel día!

MARQ. (Ni yo.)

JUAN. Nos salvamos mútuamente
la vida, y el gran señor
nunca olvidó al labrador.
Tanto, que al año siguiente
él mismo me trajo aquí...

MARQUES. ¿Qué?

MARQ. ¿Qué?

JUAN. Un regalo, señora,
que decir no puedo ahora.
(Mirando al Marqués.)

MARQUES. ¿Y habeis vuelto á verle?

JUAN. Sí.
Por él, mi hija se ha educado
en Zaragoza; y volvió
ha dos años... y pasó
diez días á nuestro lado.

MARQUES. ¿Vivió aquí?

JUAN. Ya mi mujer
difunta; ¡no acepté nada!
¡Cuántas veces á su ahijada
ha querido enriquecer!

MARQUES. Y hoy no teneis que entregarnos
de su parte?...

JUAN. No por cierto.

MARQ. ¿Ni su testamento?

JUAN. ¿Ha muerto?

MARQUES. ¿Qué es eso, quereis burlarnos?

JUAN. ¡Yo!... ¡qué decís!... ¡Muerto el Conde!

MARQ. ¡Hace un mes!

JUAN. ¡Mi protector!
¡Mi amigo!

MARQUES. Pero en rigor...

JUAN. (Yo he visto esta cara... ¿en dónde?)

MARQUES. ¡Somos sus sólos parientes,
y reclamamos su herencia!
JUAN. ¿Á mí? ¡Dios me dé paciencia!
MARQUES. Por informes diferentes
confirmados por Andrés,
su mayordomo, sabemos
que le guardais, y queremos
su testamento. (Amenazando.)
MARQ. Eso es.
JUAN. Que yo sé...
MARQUES. ¡Y es más, que vos,
sois el fiel depositario
de todo su numerario!
¡Venga aquí!
JUAN. ¡Poder de Dios!
¡Ni yo he visto al mayordomo,
ni la muerte conocía
del Conde!
MARQ. ¡Qué picardía!
MARQUES. ¡Si querrá estafarnos!
JUAN. (Fuera de sí.) ¡Cómo!...
¿Qué habeis dicho? ¿Y así se habla
en mi casa? el alma aviesa
que á mí...
(Acercándose al Marqués y mirándele fijamente.)
MARQUES. ¡Vámonos, Marquesa!
Un tribunal...
JUAN. ¡Calla, calla!...
¡Es él! ¡Famosa aventura!
Y ella también... ¡es su esposa!
¡Já! ¡já! ¡Aventura chistosa!
MARQ. ¡Qué insolencia!
MARQUES. ¡Qué locura!
JUAN. (El jardín... Encarnación...
(Á la Marquesa y bajo.)
¡Já! ¡já!)
MARQ. (¡Sabe mi secreto!)
MARQUES. ¿Qué es esto?
JUAN. (¡Sea usted discreto,
caballero Salpicón!)

MÚSICA.

MARQ. (¡Horror, me conoce!)
MARQUES. (¡Me conoce, horror!)
JUAN. (Á ella.) (¡Memoria, señora!)
(Á él) (¡Oido, señor!)
(Con la músicı del final del primer acto.)
«Para verdades el tiempo
»y para testigos Dios,
»y para querernos mucho
»solitos mi primo y yo.»
MARQ. ¡Dios mío!
MARQUES. ¿Qué dice?
MARQ. (Me aterra en verdad.)
Venid. (Queriendo llevarse al Marqués)
JUAN. Poco á poco,
la historia escuchad.

—

Era un lindo matrimonio
rica ella, y pobre él,
que vivían separados
uno de otro sin saber.
Ella amaba mucho á un primo,
y queriéndole salvar,
en su jardín una noche
le hizo amante penetrar.
MARQ. (¿Qué va á decir?)
MARQUES. ¿Qué va á contar?
¡Qué peripecia
tan singular!

—

JUAN. La noche era muy oscura
y el marido seductor,
entró en el jardín buscando
aventurillas de amor.
¡Ella creyó que era el primo;
él se dejó al fin querer
y se *amaron* sin saberlo
el marido y la mujer!
MARQUES y MARQ. ¡Horror! ¡Horror!
MARQUES. ¡Era ella!

MARQ. ¡Era él!
¡Marido infame!
MARQUES. ¡Esposa infiel!
MARQ. ¡Error terrible!
MARQUES. ¡Error fatal!
JUAN. ¡Velaba el cielo
por la moral!

—

Al año siguiente,
el Conde me trajo
de su amada prima...
MARQ. (¡Callad!)
JUAN. ¡Un encargo!
¡Y la prueba viva
aun guardo aquí yo,
de aquella impensada
reconcifiación!

TERCETO.

MARQ. Si sé que era mi marido
el que me llegó á abrazar
le arranco las orejas
y no le vuelvo á hablar.
Maldita la noche
que por ser oscura,
me metió en el lío
de tal aventura.
Por contar este hombre
la historia que vió
á mi maridito
¿qué le digo yo?
¡Ay! ¡Ay!
que fijarse,
la cosa
puede arreglarse!
¡ay! ¡ay!
bueno va.
¡Pícaro marido
yá, yá, yá, yá!

—

JUAN. Para verdades el tiempo,
y para testigos Dios,

y para querernos mucho
mi Salpiconcito y yo.
Bien haga la noche
que por ser oscura,
juntó á los esposos
en tal aventura.
Ella en ser amada
del primo pensó,
y él al abrazarla
no la conoció.
¡Já! ¡já!
¡já! ¡já!
¡Caracoles!
el lance
tiene
bemoles!
¡Já! ¡já!
bueno va,
ay que parejita
¡já, já, já, já!

MARQUES. Cuando ella estaba en mis brazos
si sé yo que es mi mujer,
le arranco las orejas
y luego echo á correr.
Maldita la noche
que por ser oscura,
me metió en el lío
de tal aventura.
¡Sí no es por su primo
que no pareció,
vaya un papelito
que hubiera hecho yo!
¡Ay! ¡Ay!
¡ay! ay!
¡Caracoles
la cosa
tiene
bemoles!
¡Ay! ¡Ay!
bueno va.
Pícara Marquesa

yá, yá, yá, yá!

(El Marquós y la Marquesa se van furiosos per el foro y cierran la puerta. Juan rie á carcajadas.)

ESCENA VII.

JUAN, á poco COLÁS.

HABLADO.

JUAN. ¡No puedo tener la risa!
¡Vaya si es curioso el lance!
Ser constantes sin saberlo
y á los veinte años cabales,
venir los dos á mi casa...
¡y sospechar los tunantes
que yo me guardo la herencia
del Conde! Ella, será fácil
que habiendo oido que existe
(Saca del armarito, mantel, platos, etc., y empieza á poner la mesa.)
una prueba irrecusable
de aquella aventura, vuelva
á averiguar... ¿Eh? ¿Qué haces?
(Á Colás que ha salido por la derecha con un velón encendido en la mano. Se queda parado al ver que Juan se queda parado también y le mira sonriéndose.)

COLAS. Yo estoy...

JUAN. (Si supiera el pobre...)

COLAS. (Poniendo el velón encima de la mesa, y continuando la tarea de Juan.)
Oí gritar al marcharse
esas gentes, y venía...

JUAN. No vendrán á incomodarme
otra vez, te lo aseguro.

COLAS. (Mi papel tiene delante,
si le ve, ¡buena se arma!)

JUAN. (¡Pobre chico! ¡es tan amable,

tan cariñoso! .. Me quiere
(Coge el papel distraido.)
como si fuera su padre,
y quiere á Pilar de un modo...

COLAS. (¡Ya le cogió! ¡Dios me salve!)

JUAN. (¡Su talento no es gran cosa!
Con veinte años aun no sabe
escribir bien y de prisa.)

COLAS. La mesa está puesta.

JUAN. ¡Diantre!
¡Tres cubiertos!

COLAS. Los de siempre.
Pilar no va nunca al baile.
Después de la procesión
vendrá... y así.., cuanto antes
cenemos...

JUAN. Antes la ves?
¿No es cierto?

COLAS. ¿Qué? (Ay, Dios! ¡Si sabe!
no suelta el papel!)

JUAN. Pues hijo.

COLAS. ¿Qué hay?

JUAN. Tienes que resignarte
á no cenar con nosotros.

COLAS. ¿Pues qué pasa?

JUAN. Que el alcalde
me ha convidado á cenar,
y como hoy dos años hace
que murió mi mujer....

COLAS. ¡Cierto!
¡Y yo me quedé sin madre!

JUAN. Lo fué para tí, que huérfano
viniste á mi casa.

COLAS. ¡Y dale!
(¡Huérfano! ¡Siempre que ella
no es mi hermana, recordándome!
¡Ya lo dice mi amor claro,
sin necesidad de nadie!)

JUAN. ¡Tú irás allá, en lugar mío!

COLAS. Yo...

JUAN. ¿Qué quieres? ¡Tengo hambre
de pasar aquí una noche

con mi hija á solas! ¡mi ángel!

COLAS. ¡LA GALA DEL EBRO! Así
la llaman por todas partes.

JUAN. ¿Y no es verdad?

COLAS. ¡Ya lo creo!
¡bonita! (¡No se le cae
de la mano el papelito!)

JUAN. ¿Con qué te vas?

COLAS. Al instante.
(Se dirige á la puerta del foro.)
(Así la encuentro en la plaza.)

JUAN. ¿Eh? vete por esta calle... (La de la derecha.)
¡está más cerca!

COLAS. ¡Es verdad!...

JUAN. ¡Verás qué cena!

COLAS. (Casi llorando.) ¡Admirable!

JUAN. Habrá cordero, y á tí
que te gusta con guisantes!...

COLAS. ¡Mucho!

JUAN. ¡Y lo hace la alcaldesa!

COLAS. ¡Mucho!

JUAN. Cena bien.

COLAS. En grande.

JUAN. ¡Y diviértete!

COLAS. ¡Por fuerza!
(¡No cenar con ella!...)

JUAN. Márchate.

COLAS. (¡Me acostaré sin cenar!)

JUAN. (¡Buen Colás! Siente marchase
pero por una vez sola
no se morirá.)
(Deja caer el papel, y al ir Colás á cogerle se vuelve Juan, y creyendo que le da la mano, le coge las dos y se las estrecha. El papel queda en el suelo.)
¿Que haces?
¡Ah! ¡darme la mano! ¡Adios!

COLAS. (¡Nada, no le cojo!)

JUAN. Y antes
de las nueve vuelve á casa.

COLAS. ¡Si yo ceno siempre á escape!
¡Adios, tío Juan!

JUAN. Adios hijo.

COLAS. ¡Ojalá!...
JUAN. ¿Qué?
COLAS. ¡Como es tarde
decía que *ojalá* hubiera
cenado el señor Alcalde!
(¡Está visto, el mejor día
doy con mi secreto al traste!
¡Ahí queda el papel, que sea
lo que Dios quiera! Adelante.
¡Maldita sea la cena,
y el cordero con guisantes!
(Vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

JUAN, á poco ENRIQUE y ANTONIO.

JUAN. Ya se fué. Aquí cenaremos
los dos solos... ¡Oh! ya es tarde
y Pilar no viene... ¿Quién?
(Llaman en la puerta del foro.)
¿Será ella?. . Voy al instante.
(Abre la puerta del foro y entran Enrique sostenido en el hombro de Antonio, cojeando: este trae la escopeta de aquel. Trajes de caza, amo y criado.)
¡Entra! ¿Qué miro?
ANT. ¡Buen hombre!
JUAN. ¿Qué es esto?
ANT. ¡Nada! Un percance
casual. Volvemos de caza
y mi amo al cruzar la calle
de árboles, saltó el arroyo
y se torció un pié!
JUAN. Sentarle
es lo mejor.
ENR. ¡Muchas gracias!
(Le sientan entre los dos en una silla. Juan intenta ver el pié que Enrique retira con rápidez.)
ANT. No hay fractura. Pero antes
de proseguir el camino
es preciso que descanse,
y nos hemos atrevido

á entrar para suplicarle
nos dé usted un vaso de agua.

JUAN. Mejor será con vinagre
para el susto y para el pié.

ANT. Hombre... si usted es tan amable...

JUAN. Dentro de un momento vuelvo.
¿Le duele mucho?

ENR. Bastante.

ANT. Gracias mil, y ya no hay prisa,
se aliviará. (Márchase Juan de muy mal humor.)

JUAN. (¡El diablo lo hace!
Yo esperaba que esta noche
no nos estorbara nadie...
¡Cómo ha de ser!) ¡Voy al punto!

ANT. (¡No deje usted de quejarse!)
(Á Enrique. Juan se va por la puerta izquierda.)

ESCENA IX.

ENRIQUE y ANTONIO.

ENR. (Levantándose de la silla con rápidez.)
¡Ah!... ¡bribón!

ANT. ¡Ya estamos dentro!

ENR. Pero ella no está.

ANT. ¡Eh! ¡qué diantre!

ENR. No he podido hablarla á solas.

ANT. ¿Y qué?

ENR. Volverá su padre.

ANT. ¿No se la ve? ¡Se la escribe!

ENR. En esta choza no es fácil...
(Coge el papel que escribió Colás, y cayó en el suelo.)

ANT. ¡Aquí hay papel... estrujado
pero sirve!

ENR. Eres mi ángel
malo.

ANT. Dos frases al alma,
y volando.
(Le da la pluma de Colás, y escribe en el lado blanco del papel.)

ENR. ¡En este lance
está herido mi amor propio!
Me la llevo á cualquier parte
esta misma noche, si ella
consiente.

ANT. Aunque le rechace
nos la llevamos también.

ENR. ¡Cómo!

ANT. (Sacando del pecho un pomito con un licor blanco.)
Para que su padre
no sea un obstáculo, traigo
en el frasco lo bastante.

ENR. ¡Cómo! te atreves...

ANT. El sueño
nunca le ha hecho daño á nadie,
y como dice en latín
bien, el Marqués vuestro padre.
¡*Audaces, fortuna* y *uvas*!
¡Uvas para los audaces!
Así os sirvo, y así gano
los cien doblones.

ENR. ¡Tunante!

ANT. Venga el papel. Que ella entre,
y yo respondo.—¡Á sentarse
que vuelve!
(Guardándose el papel en el pecho con rápidez al ver á Juan que vuelve con una taza, y se sorprende al ver á Enrique en pié.)

ESCENA X.

DICHOS y JUAN.

JUAN. ¿Ya estáis de pié?

ANT. Es muy conveniente que ande.

JUAN. Mejor es que descubramos
el pié! ya está aquí el vinagre.

ENR. Con agua le beberé,
y basta.

JUAN. ¡Lindo brebaje;
pero en fin, si es vuestro gusto!...

(Se vuelve para coger un jarro de agua del armario. Mientras está de espaldas, saca Antonio el frasco y vierte su contenido en el vaso que está en la mesa.)

ENR. Gracias, y antes de marcharme
brindaré por vos, pagandoos
de ese modo el hospedaje.
(Juan echa agua y vinagre en el vaso del lado de Enrique.)
Yo, con esto, vos con vino.
(Antonio vierte vino en el vaso donde echó el líquido del frasco.)

JUAN. No hay dificultad.
(Va á beber y llaman á la puerta del foro. Deja el vaso sobre la mesa.)
¿Quién? ¡Abre!

ANT. (¡No ha bebido!)

JUAN. ¡Pilar!

ENR. ¡Ella!

PILAR. Ya estoy de vuelta. ¡Oh Dios! ¡Padre!
(Al reconocer á Enrique.)

ESCENA XI.

DICHOS y PILAR por el foro.

MÚSICA.

PILAR. (¡Oh cielos! ¡Es él!

ENR. y ANT. (¡Nos va á descubrir!)

JUAN. ¡Aquí está mi prenda!

PILAR. (¿Qué buscan aquí?)

ENR. ¿Es hija vuestra?

JUAN. Mucho que sí.

ENR. y JUAN. No la hay más bella
en el país.

JUAN. De mi vejez esperanza,
y recuerdo de mi ayer,
sólo en ella cifro ansioso
mi ventura y mi placer.

Llamada GALA DEL EBRO,
y con gracia y juventud
es más gala todavía
por su alma y su virtud!

PILAR. Son los brazos de mi padre
mi defensa y mi sostén,
quien quitarme de ellos quiera
no podrá quererme bien.
Nada valen para gala
mi belleza y juventud,
que en el alma de una pobre
solo es gala la virtud.

ENR. y ANT. Esos ojos hechiceros
y esa boca angelical,
valen más que los brillantes
y las perlas y el coral.
Si del Ebro os llaman Gala
por belleza y juventud,
es aún más codiciada
vuestra cándida virtud.

PILAR. (¡Qué atrevimiento!)

JUAN. (¡Galantes son.)

ANT. ¡Pronto!

(Queriendo darle la carta que escribió Enrique.)

PILAR. (¡Una carta!)

ENR. (¡Tomadla!)

PILAR. ¡No!

JUAN. ¿Qué la hablan bajo?
¿qué pasa aquí?

ENR. (¿Te ha sorprendido?) (Á Antonio.)

PILAR. (¡Pobre de mí!)

ENR. Pués que me encuentro firme
gracias á vos,
permitíd que me aleje.

JUAN. ¡Marchad con Dios!

ANT. (Metiendo el papel en la cestilla que está sobre la mesa de la pared.)
La pongo en esta cesta
y ella lo vé.

JUAN. (¡Sospecha inesplicable!)

PILAR. (¡Que avilantéz!)

(Que ha visto esconder la carta. Vánse por el foro,

cerrando la puerta. Juan los mira irse con placer, y Pilar mira preocupada la canastilla donde está el papel.)

ESCENA XII.

PILAR y JUAN.

HABLADO.

JUAN. ¡Gracias á Dios que se han ido!
PILAR. ¡Oh! (Distraida.)
JUAN. ¡Sentia un mal estar!...
¿Conque vamos á cenar?
¡Niña! (¡Calla, no me ha oído!...)
¡Pilar!
PILAR. ¡Padre!
JUAN. ¿Qué te pasa?
PILAR. ¡Nada!
JUAN. ¡Vaya una alegría!
PILAR. No sé...
JUAN. Cualquiera diría
que estabas triste en tu casa.
PILAR. ¡Yo más alegre no soy! (Sonriéndose.)
JUAN. ¿Te sucede algo?
PILAR. No tal.
Una distracción casual
sería. ¡Vaya, aquí estoy!
Cenemos. (Sentándose.)
JUAN. Tienes razón.
Un vago presentimiento
también me afecta un momento.
¡Ea, fuera la aprensión!
¡Soy felíz y eres dichosa!
Solos y juntos estamos.
PILAR. (Esa carta...)
JUAN. ¡Á pasar vamos
una noche deliciosa!...
PILAR. ¿Y Colás?

JUAN. El pobre está
cenando lejos de aquí.
PILAR. ¿Le habeis vos mandado?
JUAN. Sí;
quería estár solo.
PILAR. ¡Ah!
JUAN. ¡Bien haya el pobre alimento
que se gana honradamente,
(Se sienta á la mesa.)
y este vino trasparente
que dá alegría y contento!
(Bebe en el vaso que Antonio vertió el líquido.)
¡Á tu salud!
PILAR. ¡Eso es!
(¿Cómo podré yo sacar
esa carta?
JUAN. (Observando á su hija.)
¡Es singular!
¿No cenas, hija?
PILAR. ¡Después! (Se levanta.)
JUAN. ¿Cómo después?
PILAR. (¡Oh, mañana
será tarde!)
JUAN. (Levantándose) En fin, ¿qué tienes?
¿por qué á mi lado no vienes?
PILAR. Padre, es que no tengo gana.
JUAN. ¿Estás enferma?
PILAR. ¡No á fé!
JUAN. ¿Qué miras por ese lado?
PILAR. (¿Sospechará?...) Como he estado
en la procesión, tomé
á poco unos dulces...
JUAN. ¡Ya!
PILAR. Se empeñaron mis amigas...
JUAN. ¡Pilar, por más que me digas
no es eso! ¿Qué miras?... ¡Ah!
¡ya sé! en ese cesto .. (Yendo hacia él.)
PILAR. (Oponiéndose.) ¡Padre!
JUAN. ¿Por qué en decírmelo tardas?
En ese cestillo guardas
los recuerdos de tu madre.
Su escapulario de seda,

las cartas que yo la he escrito
y su rosario bendito...

PILAR. (¡Ah!)

JUAN. ¡Cuánto de ella nos queda!
Dos años hace no más
que por siempre la perdimos.

PILAR. ¡Madre mía!

JUAN. Y que vivimos
sin olvidarla jamás.
Si supieras hija mía
el dolor que nos costó
cuando el Conde te llevó
á Zaragoza aquel día,
diciendo: «Su educación
corre solo de mi cuenta.»
Viviste ocho años contenta,
sin comprender tu razón
que ausentes de ti, dos viejos
solos, día y noche y estaban,
y pensando en tí lloraban!
en tí... ¡qué estabas tan lejos!

PILAR. ¿Lejos?

JUAN. Para el que es su mal
no ve al ser que su alma sueña,
que sea grande ó pequeña
la distancia le es igual.

PILAR. Cierto.

JUAN. Viniste á ver
morir á tu madre; y vino
aquel año tú padrino
que tampoco ha de volver.

PILAR. ¡Cómo! ¡El Conde! Aquel señor
que á amar me habeis enseñado.

JUAN. Hoy la noticia me han dado
de su muerte. Si un error
no es de los que aquí han venido,
idea que abrigar quiero
un protector verdadero
y leal hemos perdido!

PILAR. Á ese hombre salvó mi madre.

JUAN. Bien nos lo supo pagar.
Pero no es este el pesar

mayor que tiene hoy tu padre.

PILAR. ¿Pues cuál es?

JUAN. Cerca de un año
hace que tu corazón
en perpétua agitación
ha sufrido un cambio extraño.
Distraida, preocupada,
tus vagas frases escucho;
por pensar en algo mucho
casi no piensas en nada!
¡Y á tus costumbres sencillas
reemplaza hoy un desconcierto,
que sin notarlo, ha cubierto
de palidez tus mejillas!
No es mi temor quien abulta
tu malestar indiscreto;
es que te ahoga el secreto
que tu corazón oculta.
Por eso te quise hablar
sin que haya ningún testigo,
por si no al padre, al amigo
se lo quieres confiar.

PILAR. Yo padre... juro á usted...

JUAN. No:
vas á mentir y es mal hecho:
si el mal que guarda tu pecho
no debo saberlo yo...
¡En el cielo hay una estrella
por quien aun llora tu padre,
es el alma de tu madre!
¡Cuéntaselo sólo á ella!

MÚSICA.

PILAR. ¡Oh! ¡madre mía!
¡perdón! ¡perdón!
¡Si no es dichoso
mi corazón!

JUAN. Por tí mi vída
feliz daré.
¿Cuál es tu p ena

qué yo no sé?

—

PILAR. Ni el sol que nace tras la montaña,
ni el blando aroma que da la flor,
ni el limpio arroyo que el campo baña
ni el dulce trino del ruiseñor
calman del pecho mío
el triste mal estar,
y la brisa el sol, el arroyo,
terror me dan.

JUAN. ¿Si eres encanto del pecho mío,
si tienes gracias y juventud,
si te ama el valle, el sol, el río...
en ese pecho que tienes tú?
Tesoro de mi alma,
dí la verdad,
que las perlas que brotan tus ojos
terror me dan.

—

PILAR. Perdona, padre mío,
mi loca insensatez
y juro que en tus brazos
desde hoy feliz seré.

JUAN. Si tu alma vaga inquieta
y no sabes porque,
valor te dé en el cielo
tu madre que nos ve.

PILAR. Su ejemplo y sus virtudes
sabré siempre seguir.

JUAN. Así brillará puro
y hermoso el porvenir.

—

PILAR. Huye del alma mía
fantástica ilusión,
no queden ya en mi pecho
ni restos de ese amor.
El mundo nos separa,
tras él mi aliento va,
pero en tan fiera lucha
mi alma vale más.

JUAN. En vano á mis caricias
responde su razón,

aumento su ansiedad
ocúltele en buen hora,
¡su vida vale más!

HABLADO.

PILAR. ¡Nueva vida desde hoy!
¡La calma en mi pecho llevo!
¡Mi madre dice que debo
ser venturosa, y lo soy!
JUAN. Y si anhelas serlo más
ya que hasta hoy no lo has hecho.
descubre lo que en su pecho
guarda hace tiempo Colás.
PILAR. ¿Mi hermano?
JUAN. Si hasta hoy tal nombre
ha hecho que al dársele acierte
vuestro corazón, advierte,
que no lo es, y que es ya un hombre!
Unidos en la niñez
ocho años os separó
la suerte, y mujer te vió
cuando volviste otra vez.
PILAR. Es huérfano...
JUAN. ¡Sí, hija mía!
pero mañana... ¿quién sabe?
PILAR. ¿Cómo, un secreto?
JUAN. Y muy grave.
Ya hablaremos otro día.
Hoy con tu promesa cuento:
¡sé que cual siempre serás!
PILAR. ¡Oh, sí!
JUAN. ¿Que no llorarás
sin razón?... ¡Ya estoy contento!
(Dirigiéndose á la alcoba.)
PILAR ¿Vais á acostaros?
JUAN. Sí. ¿Qué?
PILAR. Es temprano.
JUAN. Lo será.
Pero mi cabeza está
algo pesada. No sé...
PILAR. ¿Espero á Colás?

JUAN. No tal.
Aunque dormida te halle,
él viene por esa calle;
su cuarto está en el portal
y en él se queda.

PILAR. Está bien.

JUAN. ¡Cerremos!
(Cierra con cerrojo la puerta del foro y vuelve.)

PILAR. (Yo podré así,
sacar al punto de allí
su carta.)

JUAN. (Cerrando la puerta de la derecha.)
Y esta también.
¡Estoy como mareado!
y pierdo de sueño el tino.
¡Si hubiera bebido vino!...

PILAR. Si solo le habeis probado...

JUAN. (¡Idea rara y sombría!)
¡Cierra después la ventana!

PILAR. Lo haré, padre. Hasta mañana.

JUAN. ¡Hasta mañana, hija mía!
(Le acompaña hasta la alcoba del foro. Entra Juan en ella y se echa vestido en la cama. Pilar le mira y corre las cortinas.)

ESCENA XIII.

PILAR.

Se echa vestido: ¡es extraño!
Como temblé que llegara
allí, y la carta encontrara.
¡Cuánto he sufrido en un año!
¿Por qué ese hombre me persigue
y soy de su vida el centro...
y en todas partes le encuentro
y á todas partes me sigue?
¿Cómo hace que al lado mío
siempre á mi pesar le halle?
En la iglesia y en la calle,
y en la fuente y en el río?
¿Con qué extraña rapidéz,

aprovecha la ocasión
de hablarme, y sin intención
de oirle, le oigo otra vez?
¡Y cómo bullen sonoras
sin eco, y casi sin ruido,
en mi mal cerrado oído
sus frases aduladoras!
¡Oh! ¡Dios mío! ¡No será!
Él es rico, y yo aldeana.
Antes que llegue mañana
muera en mí su imágen ya.
¿Quién soy yo? Qué espero de él
si mi corazón le ama;
¡muera como en esta llama
va á morir este papel!
(Se dirige con rapidez á la cestilla, y al ir á abrirla aparece en el frente de la ventana. Colás, con los codos apoyados en ella.)

ESCENA XIV.

DICHA y COLÁS en la ventana.

COLAS. ¡Hola, Pilar! (Retrocede aterrorizada.)
PILAR. ¡Cielo santo!
¡que era mi padre creí!
COLAS. ¿Qué haces tan solita, ahí?
PILAR. (¿Dios mío, por qué este espanto?)
Nada, ya ves.
COLAS. ¿Se acostó
padre?
PILAR. Hace un rato.
COLAS. ¿Esperabas
mi vuelta?
PILAR. Como tardabas.
¿Has cenado bien?
COLAS. ¡Ay! no.
Guisa muy bien la alcaldesa
y se tratan con regalo,
pero todo está muy malo
si tú no estás en la mesa.
PILAR. (¡Ah! y yo que jamás noté...

¡Pobre muchacho!)

COLAS. ¿Has bailado?

PILAR. Si yo en el baile no he estado.

COLAS. ¿Viniste pronto?

PILAR. ¡Sí, á fé!
¿No vas á acostarte?

COLAS. ¡Bah!
está la noche tan buena...

PILAR. No te haga daño la cena
con este relente.

COLAS. ¡Quiá!
Primero, que no he comido,
y después... ¡que en la ventana
me estaría hasta mañana!
Por eso á escape he venido,
¡Mira bien! Sudando estoy.

PILAR. (Le miré como á un hermano.)

COLAS. ¿Vaya, no me das la mano
como siempre?

PILAR. Sí; allá voy.
¡Ten!

COLAS. (¡Oh, dicha! es el instante
único que gozo al día.)

PILAR. (Tiembla su mano en la mía.)

COLAS. Otro poquito.

PILAR. ¡Es bastante!

COLAS. Si no te viera venir
á darme tu mano, hermosa,
me daría así, una cosa
que no podría dormir.

PILAR. Pues, adios, y duerme bien,
que Dios por tí velará,
y venturoso te hará
dentro de algún tiempo.

COLAS. ¡Amén!
Ojalá acierte tu boca.
Si lo que quiero me diera...
¡Madre de Dios! ¡Friolera!
¡mi alma se volvía loca!

PILAR. Guarda tu sana razón,
yo la mía guardaré;
y nunca muera la fé

en tu hermoso corazón.

COLAS. Fé tengo, y tengo esperanza
que no es cosa muy segura;
más si como dice el cura
con ella todo se alcanza,
joyas, y galas, y coches,
al momento alcanzaría
para... (Basta, lengua mia,
que te escurres.) Buenas noches.

PILAR. (No era una sospecha vana.
¿Cómo no noté jamás?...)
¡Hasta mañana, Colás!

COLAS. Hermanita, hasta mañana.
(Qué sueño tan celestial
tendrá... mientras yo pensando...
¡Ay! Cómo me va cansando
dormir sólo en el portal.)
(Cierra la puerta y desaparece.)

ESCENA XV.

PILAR.

Música pianísimo en la orquesta hasta que empieza el canto final.

¡Muera esta noche mi ayer!
¡Calle mi destino impío,
y dáme fuerzas, Dios mío,
para poderle querer!
(Se acerca á la alcoba de Juan y separa un poco las cortinas que deja caer después.)
¡Duerme ya en sueño profundo
y mal mi inquietud resisto!
(Coge la carta del cestillo.)
Aquí está. ¡Nunca me he visto
como hoy tan sola en el mundo!
(Lee.) «Si es que mi amante dolor
»conmueve tu pecho frío,
»hoy mismo veré si fío
»injustamente en tu amor.
»Llevo un año de sufrir,

»tú, respuesta no me dás,
»y esta noche, me verás
»dispuesto por tí á morir.
»Basta ya de lucha impía,
»yo te bablaré en breve rato,
»esta noche, y ó me mato
»á tus ojos, ó eres mia.»
¿Qué es esto? ¡Quiere aterrarme!
¡Qué se matarà!.. ¡Imposible!
¿Que vendrá aquí? No es creible.
(Yendo al foro y retrocediendo.)
¿A dónde iba á despeñarme?
Aquí con mano segura
me propone el seductor
que envuelva mi pobre honor
en mi eterna desventura!
¡Vergüenza más que mi afrenta
mi debilidad seria!
¡Despiértate ya, alma mía!
¡Corazón! ¡Vive y alienta!
Haz en el instante trizas
tu latido vergonzoso,
y sé por siempre dichoso
al calor de esas cenizas.
(Al ir á quemarlo vé lo escrito por Colás.)
Otro escrito guarda entero
el papel, por este lado.
(Lee.) «Desde que nací te he amado,
»desde que nací te quiero:
»Tú no lo sabrás jamás;
»pero yo en silencio lloro,
»y te idolatro y te adoro
»como á la Virgen: Colás.»
¡Aquí me han dado los dos
de su amor trasunto fiel!
¡Muera ardiendo el de Luzbel!
¡guarde mi pecho el de Dios!
(Rompe el papel por la mitad y quema el de Enrique, guardando el de Colás en el pecho.)

MÚSICA.

PILAR. (De rodillas.)
Vírgen y madre
del Redentor,
haz que mi alma
pague su amor.
Ya que he logrado
triunfar por tí,
aparta siempre
el mal de mí.

—

JUAN. ¡Hija del alma!
PILAR. ¡Soñando está!
JUAN. La Vírgen siempre
tu voz oirá.

—

COLAS. Hasta mañana,
¡hermana, adíos,
velando quedo
tu sueño yo!
PILAR. Ya que ha triunfado
mi amor por tí
(Antonio aparece en este momento y salta á la escena sin ruido, y descorre el cerrojo de la puerta del foro.)
aparta siempre
el mal de mi!

—

(Oculta su cabeza entre las manos. La puerta del foro se abre y aparece Enrique. Telón rápido y fuerte en la orquesta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto segundo. Al levantarse el telón, ruido lejano dontro. Música en la orquesta

ESCENA PRIMERA.

CORO dentrc.

La escena al levantarse el telón aparece sola. La ventana abierta. Está ampezando á amanecer.

MÚSICA.

VOCES. (Dentro.) Por la cañada
corriendo van.
¡Á ellos! Á ellos!
¡no escaparán!
PILAR. ¡Padre, socorro!
VOCES. ¡No hay que cejar!
¡Á ellos! ¡Á ellos!
¡corriendo van!

(Sigue la música en la orquesta pianísimo hasta que concluye la escena tercera.)

ESCENA II.

JUAN QUINTANA descorriendo de pronto las certinas de la alcoba, y bajando sobresaltado á la escena.

HABLADO.

¿Eh? ¿Qué ocurre? ¡Creí oír!...
¡Qué noche! ¡Terrible sueño!
¡Tengo una plancha de plomo
sobre mi frente, y el pecho
respirar apénas puede!
Casi sin fuerzas me siento.
¡Ya amanece! ¡Al ver si el día
vuelve á mi rendido cuerpo
la calma!... ¡La puerta abierta
de madrugada! ¿Qué es esto?
(Al dirigirse á la puerta, esta se abre, y aparece Andrés con una caja pequeña de hierro cerrada. Juan retrocede.)

ESCENA III.

JUAN y ANDRÉS, (de luto.)

JUAN. ¡Ah!
ANDRES. ¿Juan Quintan?
JUAN. Yo soy.
ANDRES. ¿Me conoceis?
JUAN. ¡Si por cierto!
Sois Andrés el mayordomo
del Conde del Soto.
ANDRES. Y vengo
á entregaros de su parte
esta caja.
JUAN. ¡Conque ha muerto!
¿Era verdad?
ANDRES. ¿Lo sabiais?
JUAN. ¡Oh... si!... Ayer me lo digeron,
mas no di crédito al pronto.
ANDRES. Hace un mes. Yo caí enfermo

y no he podido cumplir
(Dejando la caja encima de la mesa.)
hasta ahora sus deseos.
Tomad y llevad á cabo
con fidelidad y acierto
su postrera voluntad.

JUAN. Lo haré... mas decidme al menos...

ANDRES. Yo nada sé, Juan Quintana.
Como en vida le obedezco.
Mi mision está cumplida,
ahora vos. ¡Guardeos el cielo!
(Cesa la música al marcharse Andrés por el foro. Juan queda absorto.)

ESCENA IV.

JUAN QUINTANA.

Yo soy el depositario
de esta caja. Lo supieron
sus primos, y eso buscaban
en mi casa ayer, creyendo
que yo negaba el depósito.
En él un protector pierdo,
un amigo... ¡Á su memoria
juro cumplir como bueno!
(Abre la caja y retrocede.)
¡Oro!... ¡diamantes!... ¡papeles!...
escrituras... ¿eh?... ¿qué es esto?
(Saca un legajo pequeño cerrado y sellado con lacre negro y cintas idem.)
«Para abrirle Juan Quintana.»
(Le besa.) ¡Qué miro!... ¡Su testamento!
¡Qué he leido! ¡No: imposible!
¿Duermo aun ó estoy despierto?
¡El porvenir de mi hija!
¡La dicha del pobre huérfano
abandonado! ¡Colás! (Llamando.)
¡Calma, Quintana! ¡Yo debo
por la voluntad del Conde
hacer á los herederos
entrega de su fortuna!

¡Ricos... millonarios... temo
perder la razón! ¡Colás!
(Se dirige á la puerta de la derecha y descorre el cerrojo, hablando desde la puerta.)
¡despierta!

COLAS. (Dentro.) ¿Eh? ¿Qué pasa?
JUAN. ¡Presto!...
¡Sal aquí!... ¡que es ya de dia!...
COLAS. Ya voy; que me estoy vistiendo.
JUAN. Despertemos á mí hija.
¡Oh!... no... Hay que avisar primero
al Marqués y á la Marquesa,
que vengan hoy mismo.
(Cierra la caja.)

ESCENA V.

JUAN y COLÁS

Saliendo á medio vestir y azorado por la puerta derecha del actor.

COLAS ¿Hay fuego?
¿Ladrones?
JUAN. ¡Colás .. abrázame!
COLAS. ¡Con mucho gusto!
JUAN. ¡Oh, contento!
¡Oh, placer!
COLAS. ¿Se ha vuelto loco?
JUAN. ¡Salta! ¡Baila!
COLAS. ¡Ahora no puedo!
JUAN. ¡Alégrate... imbécil... corre!
COLAS. ¡Si estoy dormido por dentro!
JUAN. ¡Echa á correr!
COLAS. ¿Mas qué ocurre?
JUAN. Dile á mi cuñado Anselmo
que monte en la mula y vaya
á Zaragoza en un vuelo,
pregunte por los Marqueses
de Valle Umbrio.
COLAS. ¡Ya! ¿Aquellos
que vinieron ayer?
JUAN. ¡Justo!

que vengan aquí corriendo;
que ha muerto el Conde su primo,
y yo sus papeles tengo...
y la herencia... y...

COLAS. ¿Usté, padre?

JUAN. ¡Yo! ¡yo! ¡Mira!

COLAS. ¡Santo cielo!...
aquí hay onzas de oro: ¡y cuántas!...
¿Y á qué viene ese dinero?
¡Tiemblo al verle!... ¡y unas piedras!...

JUAN. ¡Sí!

COLAS. ¿Qué granitos son esos?

JUAN. Diamantes.

COLAS ¡Huy!... ¡Cómo brillan!

JUAN. Pues bien, todo eso, todo eso
es para... ¡no te lo digo!

COLAS. (El aguardiente ha hecho efecto...
y la ha tomao tempranito!)

JUAN. ¡Mi hija!... ¡Mi Gala!... ¡Mi cielo!...
¡Es una boda magnífica!

COLAS. ¿Qué? (Aterrado.)

JUAN. Con un rico heredero
que nos cae de las nubes.

COLAS. (¡Así se rompa el pescuezo
al caer!) ¿Con qué un marido?

JUAN. Ya te lo contaré luego.

COLAS. ¿Para qué? ¡No me hace falta!
¿Y tiene la culpa eso?
¡Pues malditas sean las piedras
y las onzas! (Llorando.)

JUAN. ¡Calla, necio!

COLAS. ¡No me da la gana, padre!

JUAN. Tú vuélvete aquí al momento.

COLAS. ¿Para qué?

JUAN. ¡Para saber
tu dicha, tu nacimiento!..,
tu porvenir!

COLAS. ¡Echa... echa!
¡Pues, yo no quiero saberlo!
¡Yo quiero morirme, y pronto!

JUAN. Tráete á casa el pueblo entero,
los amigos... los vecinos.

COLAS. ¿Va á ver aquí jubileo?
JUAN. ¡Tráete á todos cuantos quieras!
COLAS. ¡Mejor, que vayan viniendo,
y asistirán á su boda
y de camino á mi entierro!
JUAN. ¡Qué fortuna!
COLAS. ¡Qué desgracia!
JUAN. ¡Ya no sufro!
COLAS. ¡Ya no almuerzo!
(Se va corriendo por el foro cerrando la puerta. Juan baja al proscenio.)

ESCENA VI.

JUAN QUINTANA.

¡Cree morir, y á su ventura
corre él mismo sin creerlo!
¡La dicha nos hace ingratos!...
Yo mismo, apenas recuerdo
que fué el Conde quien un día
me trajo á ese pobre huérfano,
diciendo: «Sé tú su padre;
»oculta siempre el misterio
»de su nacimiento á todos;
»que sí él es honrado y bueno,
»algún dia su desdicha
»tendrá inesperado premio.»
(Registrando la caja.)
Entre estos papeles deben
existir los documentos
que justifiquen su orígen...
eso es: sin duda son estos, (Sacándolos.)
dos cartas de la Marquesa...
La primera en que creyendo
que vió á su primo la noche
del catorce de Febrero,
le envía con un criado
llena de arrepentimiento,
la prueba de su desgracia.
¡Y Salpicón, sin saberlo!

La segunda es de hace ocho años.
¿Preguntándole qué ha hecho
de su hijo? «Sin respuesta
»las dos, dice el Conde y luego
»para Encarnación, mi prima,
»cuando yo muera.» ¿Qué esto?
(Ruido interior.)
¡Ah! sí: amigos y vecinos
á quienes Colás ha hecho
venir.

UNOS. ¡Tio Juan!

OTROS. ¡Juan Quintana!

JUAN. ¡Muy buenos días, adentro!

ESCENA VII.

JUAN y ALDEANOS.

MUSICA.

ALDS. Decid lo que ocurre,
decid lo que pasa,
Colás va llorando
de aquí para allá;
y dice que hay fiesta,
y dice que hay boda
y dice que es rica
su hermana Pilar!

ESCENA VIII.

DICHOS y más ALDEANOS.

ALDS. ¿Sabeis lo que ocurre?
¿sabeis lo que pasa?
han preso á dos hombres
en el *retamar*.
¡Queriendo en un coche
llevarse por fuerza,
á una linda moza
de nuestro lugar!

Todos. ¡Decidnos, Quintana,
qué nuevas son esas,
qué fiesta, qué boda
se tratan aquí!
¡Y vámonos todos
á ver esos presos
y á ver de esa moza
la cara gentíl!
(Al concluir, todos rodean á Juan.)

HABLADO.

Unos. ¿Decid, qué ocurre?
Otros. ¡Contad!
Juan. Aun mi hija nada sabe.
Voy á despertarla, y todos
al oir las novedades
gozareis de su sorpresa
y de su dicha.
(Dirigiéndose por la primera izquierda.)
Uno. Pero antes,
diga usté...
Colas. (Entrando muy agitado por el foro.)
¡Aqui estamos todos!

ESCENA IX.

JUAN, ALDEANOS y COLÁS.

Juan. ¿Y Anselmo?
Colas. Ya corre á escape
á Zaragoza... ¡Más sepa
que hay aquí un jaleo y grande!
Todo el pueblo está en la plaza,
y está el Juez, y está el Alcalde,
y unos gritan «¡que los suelten!»
y otros gritan «¡que los maten!»
Juan. ¿Pero, á quiénes?
Colas. Á dos hombres
que han pretendido llevarse
á una moza del lugar.

JUAN. ¿Quién es ella?
COLAS. ¡No se sabe!
Está en el Ayuntamiento
encerradita con llave,
para que nadie la vea
hasta que todo se aclare.
JUAN. ¿Y ellos son del pueblo?
COLAS. ¡Quiá!
gente de levita y *fraque*
de Zaragoza. Uno de ellos,
por los papeles que tráe
es hijo de los marqueses
de Valle Umbrío. ¡Cabales!
JUAN. ¿Qué?
COLAS. De los que ayer vinieron
y á quien usted á hecho que llamen.
El otro, dicen que es
criado de ese tunante.
JUAN. (¡Su hermano, y aquí!...)
COLAS. Parece
que han hecho dormir al padre
de la chica, con un *piltro*.
JUAN. ¿Qué es eso?
COLAS. No sé... un brevaje
con que se duerme por fuerza
tóo el mundo!
JUAN. ¡Cielos!
COLAS. Y arde
el pueblo en suposiciones
que si es Inés, que si es Cármen,
que si es Cartuja...
JUAN. (Como recordando y llamándola.)
¡Pilar!
COLAS. ¡Duerme!
JUAN. ¡No responde nadie!
¡Mi horrible sueño! ¡Dios mío!
(Todos se extrañan ignorando lo que pasa.)
COLAS. ¿Qué pasa?
JUAN. ¡Jesús... ampárame!
(Entra corriendo en la habitación de Pilar.)
TODOS. ¿Pero qué sucede?
JUAN. (Dando un grito desgarrador.) ¡Ah!

TODOS. ¡Ese grito! ..
COLAS. ¡Padre! ¡Padre!
JUAN. ¡No está mi hija en su cuarto!
¡Era ella!
TODOS. ¡Tío Juan!
JUAN. ¡Dejadme!
¡Quiero verla!
COLAS. ¡No es posible!
JUAN. ¿Dónde están esos infames?
¡me la han robado!
COLAS. (Llamando.) ¡Pilar!
JUAN. ¡Si yo mismo al levantarme
ví la puerta y la ventana
abiertas!
TODOS. ¡Oh!
JUAN. ¡Dios me salve!
¡Corramos!
UNO. ¡Corramos todos!
JUAN. ¡No puedo!... Siento agolparse
á mi deshonrada frente
en tropel toda la sangre!
¡Mis piés vacilan! ¡Dios mío!
¡Que esto á la vejez me guardes!
(Cayendo desplomado en una silla y ocultando su frente entre las manos.)
COLAS. ¡Quedáos aquí!... Yo corro
á vengaros y á vengarme!
¡Yo traeré á Pilar, y á ese hombre,
que de mi furor le guarden
ó si no le mato!
JUAN. Tente,
hijo mío... tú no sabes...
COLAS. Yo sé que estaba furioso
por ese novio que cae
de las nubes; se que ese otro,
sin caer, quiso llevarse
de aquí á la GALA DEL EBRO,
sé que os han dado un jarabe,
y sé que tengo un garrote
y le rompo el alma á alguien!
¡Corramos! (Á todos.)
JUAN. ¡Oh! no... ¡Dios mío!

UNO. ¡Sí, corramos!

COLAS. ¡Yo delante!
¡Ay garrote de mi vida,
vas á divertirte en grande!
(Vanse todos por el foro, con la música en la orquesta conque vinieron.)

ESCENA X.

JUAN QUINTANA.

JUAN. (Queriendo levantarse.)
¡Yo el primero. Es necesario
evitar que ambos se maten!
¡Oh! ¡las fuerzas me abandonan!
pero... ¿y mi hija? ¡Sus frases,
sus lágrimas! ¿Estaría
de acuerdo con los infames?
¡Yo sorprendí sus miradas!
¿Era sin duda su amante,
y tal vez ella sabía
que burlaban á su padre?
¡No, imposible! ¡Yo entre sueños
oí sus voces... sus ayes...
pedía socorro... y yo
no podía despertarme!
¡Lo que juzgué pesadilla
era realidad! ¡Bastante
he vivido, si hoy despierto
deshonrado y miserable!
¡Yo la he criado con honra,
y ejemplo su santa madre
la dió de virtud cristiana!...
¡Dios mío! Si mis afanes,
si mi doctrina y mi ejemplo
no han sido á guardar bastante
el tesoro de su honra,
¡mátame, Dios mio, mátame!
(Cae anonadado en una silla con la cabeza entre sus manos, indiferente á cuanto pasa á su alrededor.)

ESCENA XI.

DICHO, LA MARQUESA y el MARQUÉS.

MARQ. ¡Me he encontrado en el camino
al hombre que iba à buscarme
y aqui estamos!
MARQUES. Nuestro Enrique
no ha vuelto desde ayer tarde
á Zaragoza. Y han dicho
que está aquí. Vamos, levántate,
responde... ¿sabes qué ha sido
de él?
MARQ. (Es fuerza que le hable
á solas, para saber...)
MARQUES. (Es necesario que aclare
sus reticencias y explique
lo que calla y lo que sabe.)
MARQ. ¿No me oís?
MARQUES. ¿Está llorando?
MARQ. ¡Eh! ¡Juan!
MARQUES. ¡Quintana!
(Dándole una palmada en el hombro.)
JUAN. ¡Dejadme!
MARQUES. ¿Nos habeis mandado un hombre
para que nos suplicase
venir al punto, diciéndonos
á los dos de vuestra parte,
que ya sabeis que era cierta
la muerte del Conde: que antes
nada sabíais: que existen
en vuestro poder las llaves
de una caja y sus papeles?
JUAN. ¿De qué su fortuna vale
para mí?
MARQUES. ¿Conque hay fortuna?
JUAN. ¡Dejadme os digo! ¡Dejadme!
¡Esa es su caja! ¡Llevárosla!
¡Yo no quiero ver á nadie!
¡y era para ella!
MARQ. (Por la caja.) ¡Justo!

¡sus armas! ¡Oro! ¡Diamantes!...
¡Un testamento! (Coge el pliego.)

JUAN. ¡Dios mío!
y no vienen!

MARQUES. ¡Cuanto antes
nos enteremos, mejor!

MARQ. Lée.

MARQUES. ¡Voy á hacerlo! «Hallándome
»sin herederos forzosos.»
¡Ese es el asunto!

JUAN. (Como despertando y viéndolos.) ¿Qué hacen
aquí estas gentes?

MARQ. Á ver
si nuestro Enrique...

JUAN. ¡Ah! ¡el infame,
era él! decidme, pronto...
¿dónde está ese Enrique?

MARQUES. ¡Calle!
¡Qué franqueza!

MARQ. ¡Y le tutea!
¡Es el vizconde del Valle!

MARQUES ¡Nuestro hijo único!

JUAN. Es un vil.
que anoche vino á robarme
mi tesoro.

MARQUES. ¡Qué! ¿á robaros?

MARQ. ¡Reportad vuestro lenguaje!

JUAN. Entró fingiéndose herido
en mi casa, y sin cuidarse
de mi confianza ciega,
para seducir cobarde
á mi hija. y arrancarla
de la mansión de su padre,
vertió en mi vaso un narcótico
que la razón me quitase;
y mientras presa del sueño
y de un delirio incesante,
yo inútil en esa alcoba
pugnaba por despertarme,
él llevó á cabo su infamia,
traspasando esos umbrales,
y llevándose á mi hija

sin que la amparase nadie!
¡Si esa acción es de un bandido!
¿cómo quereis que le llame?

MARQ. Si lo que decís es cierto...

MARQUES. (¡Seductor como su padre
y atrevido con las damas!
¡No puede negar su sangre!)

MARQ. Busquémosle y procuremos
enmendar...

JUAN. ¿Qué enmienda cabe?

MARQUES. Un remendillo.

JUAN. La honra,
¿puede acaso remendarse?

MARQUES. Pues somos los herederos
del Conde, elegid la parte
que querais de esa fortuna,
y no se hable más del lance.

JUAN. ¡Dinero á mí! ¡Dios me valga!
¿y de esa herencia? ¡Al instante,
dejad mi casa! No es vuestra
esa fortuna... no cae
en vuestro poder.

MARQUES. (Yendo hacia el cofrecillo.) ¡Veámoslo!

JUAN. ¡Atrás!

MARQ. ¿Cómo?

JUAN. En esta llave
está mi secreto; ahora
venid también á robármele!

VOCES. (Dentro.) ¡Juan Quintana!

OTROS. ¡Aquí!

JUAN. Esas voces...

(Empieza el ritornelo en la orquesta)

ESCENA XII.

DICHOS, COLÁS.

COLAS. ¡Aquí viene Pilar, padre!

JUAN. ¡Mi hija!

COLAS. ¡Y el seductor!...
la justicia...

JUAN. ¡Dios le ampare!
(Yendo á coger una escopeta.)
MARQUES. ¿Qué vais á hacer?
VOCES. ¡Á su casa!
JUAN. ¿Qué voy á hacer? ¡Á matarle!
MARQ. ¡Juan!
MARQUES. Es nuestro hijo.
COLAS. ¡Teneos!
PILAR. Padre. (Arrojándose en sus brazos.)
JUAN. ¡Hija!
(Se abrazan. De repente ve á Enrique y se dirige á él con aire amenazador y le apunta con la escopeta.)
¡Miserable!

ESCENA XIII.

DICHOS, PILAR, ENRIQUE y ALDEANOS.

MÚSICA.

TODOS. ¡Ah! (Deteniéndole.)
PILAR. ¡Piedad!
JUAN. ¡Y tú la pides!
TODOS. ¡Deteneos!
JUAN. ¡No será!
¡Á mis manos morir debe
quien me supo deshonrar!

—

PILAR. ¡Mi valor me ha defendido
de su mismo proceder,
que no hay fuerzas que la venzan
si es honrada la mujer!
Si llegado tarde hubiera
el socorro bien hechor,
antes muerta me veriais
que no viva y sin honor.
JUAN. ¡En tu frente casta y pura
brilla el rayo de la fé,
y con alma cual la tuya
invencible es la mujer!

En mis brazos hoy te guarda
la ventura y el amor,
que Dios premia á la que sabe
defender así su honor.

ENR. Frente de ella y de mis padres
aun sin miedo á su rigor,
ocultar pretendo en vano
mi vergüenza y mi dolor.

ALDS. y ALDS. Si antes fué gala del Ebro
por su gracia y su candor,
lo es hoy más, porque ha sabido
defender así su honor.

—

JUAN. Más de mis iras
no escapará
el que mis canas
quiso manchar.

PILAR. De su conducta
ciega y falaz
sea el desprecio
castigo ya.

—

JUAN. Salid de aquí con vida
y nunca os vuelva á ver
cruzar ante mis ojos
los muros de Grisén.
Escudo vuestro sea
de un ángel la virtud;
guardarla en vuestro pecho
eterna gratitud.

PILAR. (Á Enrique.) Huid de estos umbrales,
jamás os vuelva á ver
que se alza entre nosotros
la voz de mi deber!
Yo olvido, y yo perdono,
más no volvais jamás,
que en mi alma vuestra imágen
borrada queda ya!

ENR. ¡Perdón de mi extravío
dignaos conceder,
y sed como hasta ahora
exclava del deber!

¡Con otro sed dichosa,
mis faltas olvidad!
y nunca mi recuerdo
altere vuestra paz.

MARQ. y MARQUES. Difícil es que olvide
amada una mujer,
al hombre que por ella
locuras supo hacer.
El tiempo pasa pronto,
algún día quizás
si él vuelve aquí por ella,
no le resistirá.

COLAS. La cosa tiene agallas,
y hablarse así ella y él,
delante de nosotros
no me parece bien.
Si yo no me contengo
aquí se vuelve á armar,
y sale ese mocito
con algo que contar.

CORO GENERAL. Huid de estos umbrales,
dejad á esa mujer,
y no exciteis de un padre
las iras otra vez.
Aquí en todos nosotros
defensa tiene ya,
huid de estos umbrales
y no volvais jamás!

HABLADO.

JUAN. ¡Salid, os digo.

MARQ. Un momento.
¡Este joven es mi hijo!...

COLAS. ¡No se va!...

PILAR. ¡Yo se lo exijo!

ENRQ. ¡Y yo os hago el juramento
de respetar siempre en vos
la virtud que no rendí!

¡perdonad si os ofendí
y hágaos venturosa Dios! (Vase por el foro.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos ENRIQUE.

MARQUES. ¡Oye, detente!
MARQ. Hijo mío,
se trata aquí de una herencia.
JUAN. ¡Pilar!
PILAR. ¡Padre!
MARQUES. ¡Con su ausencia
que se haga mejor confío!
MARQ. Más la herencia de mi primo...
JUAN. ¿Vos quereis el testamento?
(Yendo por él á la caja.)
MARQUES. Es negocio de un momento.
MARQ. Yo de leerle os eximo,
nos le dais...
JUAN. ¡Tened más calma!
(Lée.) «Sin herederos forzosos
»para mis bienes cuantiosos,
»y legando á Dios mi alma...
»nombro mi único heredero
»al hijo de la Marquesa
»de Valle Umbrío...»
MARQ. ¡Oh, sorpresa!
JUAN. «Y de Salpicón!»
MARQUES. ¡Grosero!
¿Conoció á Enrique?
JUAN. No tal.
MARQUES. En lo que leeis me fundo.
JUAN. (Bajando la voz y á la Marquesa.)
Es que hay un hijo segundo.
MARQ. ¿Segundo?
MARQUES. ¿Nuestro hijo? ¿Cuál?
JUAN. El que presentaros quiero.
MARQUES. ¡No hay quien tal cuento resista!
JUAN. Fruto de vuestra entrevista

del catorce de Febrero.
Ese.
(Por Colás que está distraido hablando con Pilar.)

MARQ. ¿Es nuestro hijo?

JUAN. Pues...
¡suya es la herencia!...

MARQ. ¡En rigor
si ha de ser de otro, mejor
es que sea suya!

JUAN. ¡Eso es!

MARQUES. (¡Que nunca lo sepa el chico!)

JUAN. (Dirigiéndose á Colás y dándole la llave y los papeles.)
Tén.

COLAS. ¿El qué?

JUAN. ¡Guárdalo!

COLAS. ¿En dónde?

JUAN. Tuya es la herencia del Conde
del Soto.

COLAS. ¡Mía!

JUAN. ¡Eres rico!

COLAS. ¿Qué soy rico? ¿Y para qué?

JUAN. Porque te mandan casar
si tú quieres con Pilar.

PILAR. ¡Conmigo!

TODOS. ¿Con Pilar?

COLAS. ¿Qué?
¿Contigo? ¡Por San Onofre!
¡Y me hacen rico en la boda!

JUAN. Pero si no te acomoda...

COLAS. Tén mi mano y venga el cofre.
Y pues mi dicha celebro
al fin de tantos pesares
digan hoy nuestros cantares
¡VIVA LA GALA DEL EBRO!

———

MÚSICA.

PILAR. Vale más un hombre humilde
y un puro amor,
que esas frases engañosas
que un sueño son;
á las márgenes del Ebro
que envidia dán,
seré siempre venturosa
con mi Colás.

—

TODOS. No hay placer igual,
no hay dicha mayor
que amarse teniendo
juventud y amor.
Si aprobais su bien
como es natural
LA GALA DEL EBRO
dichosa será.

(Cuadro. Cae el telón.)

FIN DE LA ZARZUELA.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.